

RATAS DEL MUELLE

george h. white

Negras nubes de tormenta se acumulaban sobre la ciudad de Nueva York. A las cinco de la tarde parecía de noche. Como grandes tableros de ajedrez se iban encendiendo las ventanas a lo largo de las fachadas de los altos edificios.

En Times Square los anuncios de neón lanzaban sus atractivas llamadas luminosas desde las puertas de las cafeterías y las gigantescas carteleras de los teatros y cinematógrafos. Los policías montados se esforzaban por encauzar desde sus caballos el desordenado torrente de automóviles.

Las tiendas cerraban sus puertas y en la esquina de Broadway y la calle 42, los vendedores de periódicos voceaban los titulares de la edición extraordinaria de la tarde.



George H. White

Ratas del muelle

Bolsilibros: Servicio Secreto - 652

ePub r1.1
Titivillus 17.12.17

Título original: *Ratas del muelle*
George H. White, 1963

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



RATAS del MUELLE

por GEORGE H. WHITE



CAPÍTULO PRIMERO

Negras nubes de tormenta se acumulaban sobre la ciudad de Nueva York. A las cinco de la tarde parecía de noche. Como grandes tableros de ajedrez se iban encendiendo las ventanas a lo largo de las fachadas de los altos edificios.

En Times Square los anuncios de neón lanzaban sus atractivas llamadas luminosas desde las puertas de las cafeterías y las gigantescas carteleras de los teatros y cinematógrafos. Los policías montados se esforzaban por encauzar desde sus caballos el desordenado torrente de automóviles.

Las tiendas cerraban sus puertas y en la esquina de Broadway y la calle 42, los vendedores de periódicos voceaban los titulares de la edición extraordinaria de la tarde.

En la bahía, el viento levantaba grandes olas que hacían cabecear al «*ferry*» que, cargado de turistas, regresaba de Bedloc Island.

Aquel mismo oleaje hacia crujir las amarras de las gabarras y los barcos en la línea de dársenas del South, donde varios trabajadores del puerto descargaban las cajas de las plataformas de las cabrias para sacarlas en carretillas a la calle y cargarlas en dos camiones.

El viento arrastraba hojas secas y periódicos viejos sobre el asfalto de South Street. Como telón de fondo, sobre los viejos y grises edificios, se alzaba el bosque de elegantes rascacielos de la contigua Wall Street.

Un llamativo descapotable rojo arrancó un chirrido de sus llantas al efectuar un brusco viraje para esquivar a un pesado camión.

El camionero sacó la cabeza para gritar un insulto:

—¡Gamberro!

El auto rojo siguió su loca carrera para dar un brusco frenazo ante el Blue Whale, un bar de reciente apertura en la línea de los bajos y sombríos edificios ante el muelle.

Un hombre joven saltó a la acera y entró en el bar.

—¿No es «*Funk*» Tremley? —preguntó uno de los hombres que estaban cargando los camiones.

—Sí, es él —dijo el guardián del muelle que acababa de llegar con su cestillo de la cena para tomar su turno de noche—. Esta tarde le pusieron en libertad. El jurado le declaró inocente.

—¿Inocente? ¡Vaya! ¡Si todos sabemos que él y sus amigos mataron al pobre «Drowsy» de una paliza!

El forense probó que Cheney «Drowsy» había fallecido a consecuencia de un derrame cerebral, producido seguramente por un golpe que «Drowsy» recibió en la cabeza. Pero los médicos que habían tratado a Cheney demostraron con una antigua radiografía que «Drowsy» padecía de una lesión cerebral que había contraído en sus tiempos de boxeador. «Drowsy» tuvo que abandonar el *ring* por consejo de los médicos, siendo esa lesión la causa de su aire soñoliento por el que ganó el mote de «Drowsy». Total, a la vista de estos informes, el jurado consideré que Cheney podía haber muerto igual a consecuencia de un golpe casual.

—Pero los golpes que recibió no fueron casuales, caramba. *Funk* Tremley y sus amigotes le buscaron para propinarte una paliza. Cuando escapaban dieron con el auto contra un poste. Toda la cuadrilla consiguió ponerse en fuga, excepto *Funk* que quedó desvanecido y fue arrestado por la policía.

—*Funk* tuvo una buena defensa.

—Comprada con el dinero de Red
O’Neil.

—Tunney, el abogado, presentó hábilmente los hechos como una disputa de carácter personal entre *Funk* Tremley y Drowsy Cheney. Según la versión que el tribunal admitió como posible, Cheney había salido algunas veces con la hermana de Tremley. Ambos habían sido púgiles y por lo tanto se conocían. Tremley quiso impedir que Cheney siguiese saliendo con su hermana y fue a verle…

—Acompañado de la cuadrilla de matones de
O’Neil.

—Bueno, eso no se ha podido comprobar. Maggie Tremley admitió que había salido en compañía de Cheney y que su hermano le había advertido contra esta amistad. *Funk* dijo que no se proponía matar a Cheney, sino solamente darle un puñetazo… para que no molestase más a la chica. El Jurado absolvió a *Funk* Tremley, sobre todo teniendo en cuenta los antecedentes de Cheney, que justificaban el deseo de *Funk* de apartarle de su hermana.

Un capataz salió por la verja de la dársena y bramó:

—¡Pero, muchachos! ¿Cuánto vais a tardar en echar esas cajas al camión? ¡Demontre!

Los obreros dieron por terminada la conversación, volviendo con la carretilla en busca de otra caja. El guardián del muelle y el conductor del camión quedaron solos.

—¿Estaban ustedes hablando de Red O’Neil, no es cierto? —preguntó el camionero. El guardamuelles dejó caer sobre el hombre una mirada penetrante.

—No, no estábamos hablando de O’Neil —dijo secamente.

—Pero le mencionares de pasada.

—Yo no.

—En efecto, ya me di cuenta de que usted trataba de desviar la conversación cuando ésos nombraron a O’Neil. ¿Acaso por alguna razón especial?

—¿Usted conoce a O’Neil?

—No, aunque he oído decir de él que se considera el rey de los estupefacientes. Dicen que ha hecho una gran fortuna entrando y vendiendo heroína de contrabando. ¿Es eso cierto?

—¿Por qué no va usted mismo a preguntárselo?

—¡Si ni siquiera le he visto nunca!

—Pues ahora tiene la ocasión. Vea aquel sedán que acaba de detenerse detrás del auto rojo. El que se apea ahora es Red O’Neil —repuso secamente el guardamuelles señalando con la cabeza en dirección al otro lado de la calle.

Con anchos y fuertes hombros, cargado de espaldas y corto de cuello, Red O'Neil parecía un rojo y tosco gorila embutido en un elegante «Smoking». Representaba entre 45 y 59 años, y estos últimos eran justamente los que tenía, según la ficha policíaca que obraba en los archivos de más de una docena de Estados. Peter O'Neil era su verdadero nombre, pero todos *la* llamaban «Red» a causa de su bronca cabellera rojiza y sus rubias pestañas.

Red se detuvo en la acera para tender su mano y ayudar galantemente a bajar del coche a una linda muchacha rubia, que vestía un elegante traje de noche. El anuncio del «Blue Whale» sacó chisporroteos de las piedras de los pendientes de la joven.

Un tipo huesudo se apeó del auto por la portezuela que daba al lado de la calla y otro saltó del asiento delantero, siguiendo los dos a O'Neil y su joven pareja, mientras un tercero quedaba con aire resignado al volante del automóvil.

Jim Tremley estaba encaramado a una alta banqueta ante el nuevo y reluciente mostrador, rodeado de un grupo de amigos que le felicitaban. Al entrar O'Neil acompañado de su joven pareja, el barman anunció:

—Ahí llega O'Neil con tu hermana, Jim.

Sonriendo, emocionada y deslumbrante de belleza, Maggie Tremley corrió a abrazar a su hermano.

—¡Jim! ¡Hermanito!

En realidad Jim era dos años mayor que su hermana. No obstante, Maggie había tenido que ejercitar en su hermano sus dotes de mujercita sensata, extremando su severidad en vista del carácter díscolo y la falta de prudencia de Jim.

Ella le envolvió en una mirada de adoración mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y le temblaban los rojos y gordezuelos labios.

—Bueno… bueno —exclamó

O’Neil
—. No hay para tanto, muchachos. En realidad, Jim nunca estuvo en peligro. En ningún momento dudé que conseguiríamos su absolución. De todos modos lo celebraremos tomando unos martinis para ir a comer después al «Lido».

¿De acuerdo?

Los dos hombres y la muchacha fueron a ocupar una mesa algo separada. Los dos guardaespaldas de
O’Neil
se quedaron junto al mostrador cambiando una mirada maliciosa entre sí.

Uno de ellos, «Hawk» Skewer, rezongó por lo bajo, apoyándose en el mostrador.

—¡Y dice que nunca temió por él! Pues de menudo humor ha estado todos estos días, mientras se veía la causa contra Tremley.

Su compañero le propinó un codazo significándole que cerrara la boca.

—¡Vaya, miren a quién tenemos aquí! —murmuró Milker por lo bajo.

Alto, rubio y más bien delgado, William Rushford paseó la centelleante mirada de sus pupilas grises por el local hasta encontrar lo que buscaba. Apenas vio a los hermanos Tremley en compañía de
O’Neil
avanzó resueltamente hacia la mesa que éstos ocupaban en el rincón.

Jesse Skewer, alias «Hawk», conocía bien su oficio de guardaespaldas y actuó con rapidez, separándose del mostrador y saliendo al paso de Rushford, de modo que el encontronazo con esté casi parecía casual.

—¡Pero si es nuestro amigo el capitán Rushford! —exclamó «Hawk» lo suficiente alto para que
O’Neil
se percatara de la presencia del policía.

En efecto,
O’Neil
volvió la cabeza y vio a Rushford cuando éste apartaba a Skewer de un rudo empujón. Un relámpago pasó por las pupilas de

O'Neil,
pero *su* grasiento rostro no denotó emoción alguna. Rushford vino hasta la mesa y se inclinó ligeramente para decir con ironía:

—¿Celebran alguna fiesta de cumpleaños?

—Hola, capitán —saludó
O'Neil
—. ¿No quiere hacernos compañía?

—Con mucho gusto —repuso Rushford apartando una silla y tomando asiento en ella.
O'Neil
no ocultó esta vez su disgusto. En cuanto a Jim, su tez se hizo ligeramente más pálida y sus oscuros ojos se clavaron en el rostro del policía con aborrecimiento.

—¿Qué quiere usted ahora, Rushford? ¿Por qué no me deja en paz de una vez? —rugió Tremley.

Rushford depositó su sombrero en una silla cercana.

Sus ojos se encontraron un instante con los de Maggie Tremley. La muchacha apartó rápidamente los suyos, pero volvió a mirarle poco después a hurtadillas diciéndose que, aunque detestable, el oficial era un hombre bastante guapo.

—Se marchó usted tan aprisa después que terminó el juicio que no tuve tiempo de hablarle, Jim —dijo Rushford. Metió la mano en el cinturón y sacó un revólver niquelado de cañón muy corto—. Ni siquiera se acordó de llevarse esto. Es su pistola, la que le incautamos el día que le detuvimos.

Rushford le tendió el arma por el cañón y Tremley la cogió por la culata. Con el revólver apuntando a Rushford, Jim dijo rechinando los dientes.

—¿Por qué se molestó? No valía la pena.

—Quería hablar con usted, Jim.

—¿Sí? —Tremley bajó el cañón del arma y guardó ésta en su bolsillo—. ¿Acerca de qué? Ahora estamos fuera de su terreno, capitán. No puede obligarme a escucharle… ni tampoco a hablar haciendo que sus esbirros me golpeen.

Un golpe de sangre coloreó la amplia frente de Rushford.

—Ya está bien de ese cuento de que le pegamos para arrancarle una confesión, Jim —dijo con tono irritado.

—Demasiado sabe que nadie le tocó, aunque bien sabe Dios que

no me faltaron ganas de romperle su estúpida cara a bofetadas. Fue el miedo, su cobardía, lo qué le indujo a confesar contra O'Neil. Luego sintió otra clase de miedo. Tuvo miedo de salir a la calle y enfrentarse con la venganza de O'Neil… pues sabía que éste no le perdonaría.

—¡No! ¡Mentira! —rugió Tremley saltando en pie, temblando de pies a cabeza, la frente empapada de sudor frío—. ¡Ustedes me pegaron! ¡Me obligaron a declarar contra O'Neil bajo tortura! ¿Qué son entonces estas cicatrices que todavía se ven aquí?

Tremley se tocó con su dedo tembloroso cierta cicatriz reciente sobre la ceja y en la sien.

—Es usted un cobarde y un embustero, Tremley —dijo Rushford fríamente—. Estas heridas se las causó usted mismo arrojándose contra el muro de la celda. No sé exactamente lo que se proponía con ello. Tal vez pensara suicidarse. Acaso le faltara el valor. Luego fue a verle ese maldito Tunney y enredó las cosas, elevando una protesta con el pretexto de que la policía le había golpeado para obligarle a firmar una declaración bajo amenaza.

—¡Mentira! ¡No es Tardad! —chilló Tremley fuera de sí. Miró suplicante al serio y silencioso O'Neil.

—Sí, es cierto —insistió Rushford—. Pero no tiene por qué sentirse asustado, Tremley. El juez rechazó su declaración y se le juzgó prescindiendo de ella bajo la acusación de homicidio. Esta tarde le absolvieron y no volverán a juzgarle. Nadie puede ser juzgado tíos veces por el mismo delito. Por lo tanto, no importa que nos diga la verdad.

—¡Ah, maldito polizonte! —rugió Tremley—. Ahora comprendo su juego. Usted no esperaba que yo confesara nada, pero tenía que venir con un pretexto u otro para echar fuera su veneno… para que O'Neil no se fíe más de mí, y me arroje como a un perro y… y…

La rabia sofocó las palabras de Tremley. Bruscamente se abalanzó sobre Rushford disparando su puño contra la cabeza de

éste.

La mesa chirrió sobre sus patas al ser desplazada por la carga de Tremley. Rushford, que estaba sentado solo tuvo tiempo de apartar la cara. El puño de Tremley le golpeó en el hombro y le tiró de espaldas junto con la silla.

Maggie Tremley gritó asustada.

O'Neil retiró un poco su silla y miró a Skewer y a Miller que venían corriendo.

Con una leve seña, O'Neil indicó a sus pistoleros que se mantuvieran al margen de la pelea.

Jim Tremley, que había debutado en el *ring* como boxeador, pasando después a *catchman*, demostró que *no* había perdido del todo sus facultades.

En efecto, y sin dar tiempo a Rushford a reponerse de la sorpresa del ataque, se arrojó sobre éste cuando todavía rodaba por el suelo, le clavó la rodilla en los omoplatos y la volvió la gabardina del revés por la espalda.

William Rushford se vio así imposibilitado de ejecutar acción alguna de autodefensa, lo cual Tremley sabía muy bien y aprovechó para golpearle repetida y velozmente en los oídos, los ojos, la nariz y la boca.

Fue en este crítico momento cuando Abel Snyder apareció en la puerta del bar seguido de un fotógrafo de Prensa. Snyder hizo una seña a su colega y éste preparó diligentemente su cámara y apretó el botón, haciendo relampaguear su «*flash*». Todavía el fotógrafo tiró tres placas más, mientras Tremley se ensañaba con su indefensa víctima, hasta que Rushford pudo rasgar su gabardina con las manos libres.

Tremley sin embargo no le dio oportunidad de defenderse. Rushford se incorporaba echando sangre por la nariz cuando Tremley levantó la rodilla y le alcanzó en la cara tirándole de nuevo de espaldas al suelo.

Poseído de furia homicida, Tremley hizo rodar al policía por el piso, propinándole puntapiés en la cabeza, los riñones y la espalda, hasta que el dueño del bar, asustado y temiendo que Tremley acabara por matar al oficial, se arrojó sobre él y lo sujetó por

detrás.

Algunos parroquianos, incluso muchos que no profesaban ninguna simpatía a la policía, también consideraron que Rushford ya había recibido bastante.

Fue Maggie quien corriendo a abrazarse a su hermano, gritó sollozando:

—¡Jim, por Dios, acuérdate de Cheney!

Tremley dejó de forcejear con los hombres que intentaban apartarle de Rushford. Aunque odiaba a Rushford, temió haberle matado, porque esto significaba para él la silla eléctrica de la cual increíblemente acababa de escapar aquel mismo día.

O'Neil hizo una seña a sus guardaespaldas. Luego, O'Neil asió a Maggie por el desnudo brazo y la empujó hacia la calle. Milker y Skewer se les reunieron junto al automóvil llevando a Tremley.

—Jim, eres un idiota —rugió O'Neil. Tremley movió sus pálidos labios para contestar, pero O'Neil le atajó con un ademán—. Vamos, subid al coche.

Mientras los guardaespaldas de O'Neil cerraban las portezuelas y se acomodaban en el asiento delantero, Maggie sollozaba apretando contra sus ojos un diminuto pañuelito de encaje.

—¡Jim, Jim! —exclamó la chica—. ¿Cuándo dejarás de amargarme la vida? Volverán a detenerte… te instruirán causa por haber golpeado a un policía.

Jim estaba ahora asustado.

—Tiene que ayudarme a huir, jefe —dijo volviéndose hacia O'Neil.

—¿Y a dónde, grandísimo majadero? Rushford es un hombre del Gobierno, un agente federal. Por lo tanto, sí es delito golpear a un agente del Gobierno, será igual delito en este Estado que en el resto de la Unión, Si no cumplía una misión oficial cuando vino a provocarte, el castigo será muy leve comparado al delito de golpear

a un
G-Men.
Iremos a consultar con Tunney.

—¿Y si tomara un avión e intentara cruzar la frontera del Canadá antes que Rushford me denuncie?

—Calma, Jim. No corras tanto. Tu maldito defecto consiste en precipitarte en todo. Es más difícil pasar la frontera que esconderte en tu propio país. Vamos a ver a Tunney.

CAPÍTULO II

La tarde era húmeda y fría. Estaba anocheciendo cuando Rushford pasó entre las estatuas de mármol que representaban los cuatro continentes y se internó en el monumental vestíbulo del Custom House, decorado con las pinturas murales de Elmer E. Garnsey.

La mayor parte de los empleados abandonaban en aquel momento las oficinas, pero el superintendente Delanson todavía se encontraba en su despacho, envuelto en la semipenumbra del atardecer.

—¿Es usted, Rushford? —El superintendente oprimid el conmutador de la luz de la gran lámpara de repisa que descansaba sobre su mesa. Miró al joven y sonrió—. ¿Ya abandonó el hospital?

—No estuve en el hospital.

—Es cierto, discúlpeme. Se negó a ser llevado al hospital. ¿Le cuida alguien en su casa?

—Vivo solo. Pero no eché a faltar ninguna clase de ayuda. Mi estado no era tan grave —contestó William, un poco amoscado.

De la paliza que Tremley le propinó tres días antes todavía conservaba una tira de esparadrapo sobre una ceja. Tenía los labios ligeramente hinchados, pero lo peor de todo era el malestar que sentía en los riñones. Esto no obstante no se veía, y Bill lo ocultó. Le humillaba que le compadecieran, sobre todo porque estaba seguro de que en condiciones normales habría podido vencer a Tremley sin otra arma que sus puños.

—¿Cómo ha vuelto tan pronto? —preguntó el superintendente —. No contábamos con usted hasta dentro de una semana por lo menos. ¿O prefiere tomarse esa licencia antes de reincorporarse a su trabajo?

—Estoy listo para incorporarme a mi sección.

O'Neil
ha vuelto a escapársenos de las manos, pero le cogeremos Estuvimos a punto de echarle el guante en ese caso de Jim Tremley. Cuando estaba asustado Tremley confesó que
O'Neil
le había ordenado liquidar a «Drowsy». Luego se desdijo pretextando que le habíamos obligado a firmar esa confesión bajo amenaza, y un jurado estúpido lo creyó.

—Estamos casi en el punto de partida en lo que respecta al caso de
O'Neil
—afirmó Delanson—. Nos consta que su organización se extiende como una tupida red, en la cual hay comprometidas acaso un centenar de personas trabajadores del puerto, guardamuelles, pescadores, marineros y camareros de las tripulaciones de los buques, camioneros, ratas del muelle y puede que hasta algún funcionario de la aduana. De vez en cuando echamos el guante a alguno de estos arriesgados contrabandistas de estupefacientes, pero siempre el hilo de la trama se rompe más allá del hombre que hemos logrado detener. Estuvimos a punto de acorralar a ese tuno de
O'Neil
en el caso de Tremley. Estábamos vigilando a Cheney cuando lo mataron los pandilleros de
O'Neil.
Sólo pudimos coger a Tremley y éste confesó. Luego Tremley se dio cuenta que con su confesión se arruinaba a sí mismo, pues ya no podía pretender que se había peleado con Cheney por razones de índole personal; la amistad de Maggie Tremley con Cheney y todo lo demás. Tremley en realidad cometió un asesinato. Su abogado le abrió los ojos. Tremley se desdijo de su confesión y todo se hundió…

Los dos hombres guardaron silencio, rememorando cada uno por separado detalles y aspectos del asunto Tremley.

—En fin, esto sólo significa que veremos retrasarse por algún tiempo más el día que
O'Neil
de con sus huesos en el banquillo de los acusados —suspiró el

superintendente.

Rushford levantó los hombros en ademán que implicaba duda y desaliento. Mirándole fijamente, Delanson preguntó:

—Dígame una cosa, Rushford. ¿Qué se proponía en realidad cuando fue en busca de Tremley la otra tarde?

—Nada en realidad, como no fuera dar una válvula de escape a toda la furia que sentí después que Tremley logró escaparse con veredicto de inocencia.

—A veces pienso que es usted demasiado vehemente e impulsivo para su profesión, Bill.

—Es posible que tenga razón —dijo Rushford mortificado—. Es posible también que haya hecho cuestión de amor propio echarle el guante a
O'Neil
y descubrir todas sus sucias martingalas.

—Este asunto no es solamente suyo, Bill —reprendió Delanson paternalmente—. Muchos hombres colaboramos en la tarea de perseguir el tráfico de estupefacientes en 5a zona portuaria de Nueva York. Claro que le gustaría convertirse en un gigante y adquirir plenos poderes para salir en busca de los sospechosos, echarles la mano al cuello y obligarles a declararse culpables a golpes. Pero eso no se puede hacer.

—Sí, desgraciadamente —afirmó Bill con acento de amargura.

—Por lo tanto, Bill, tendrá que prometerme que no volverá a tomar decisiones de carácter exclusivamente personal, como aquella de ir en busca de Tremley para amenazarle públicamente y recibir una bien merecida paliza.

El recuerdo de aquella paliza seguía mortificando a Rushford.

—Si me permite explicarle mi opinión respecto al asunto Tremley… —empezó diciendo.

Delanson le interrumpió secamente.

—El asunto Tremley ya no es «asunto» a efectos de nuestra tarea. Olvídelo, se lo ruego.

Rushford plegó sus labios en gesto que reflejaba una muda pero firme obstinación. El teléfono sonó en este momento y Delanson tomó el aparato sacudiendo la cabeza.

Escuchó unos instantes. Luego asintió y dijo:

—Entendido. Voy a enviarles al capitán Rushford. Colgó el

aparato y miró a Rushford.

—¿Dijo que volvía para ponerse a trabajar? Muy bien, aquí tiene algo en que distraer a su malhumor. Un camarero de un carguero chileno ha sido detenido por la Brigada cuando cambiaba de lugar una caja conteniendo cierta cantidad de opio que traía escondida en su camarote. El Hombre se encuentra arrestado en nuestra subestación del muelle. Vaya a verle y vea qué puede averiguar.

Rushford se puso en pie echando mano a su sombrero.

—Un momento, Bill —dijo el superintendente deteniéndole con un gesto de la mano—. ¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y ocho.

—Pronto será un hombre maduro. ¿Por qué no se casa? No, no me exponga las razones de su celibato —le atajó con un ademán—. Lo que le digo es esto, Bill. Está usted demasiado solo. No era más que eso. Yo también voy a salir. —Consultó la hora de su reloj de pulsera—. Hoy es el día de tumo para sacar a mi esposa a cenar a un club de moda.

Rushford esperó a que su superior tomara el sobretodo y el sombrero del armario.

Luego salieron juntos, aunque no hablaron hasta que se despidieron en la calle.

Rushford había traído su auto. Mientras conducía en dirección al muelle, Bill se sentía de mal humor. Quizá el superintendente tuviera razón.

Estaba demasiado solo. Era impulsivo en exceso y se tomaba demasiado interés por su trabajo.

No es que fuera malo poner todos los sentidos de uno en su trabajo. Lo malo era que, a diferencia de sus compañeros, su trabajo seguía obsesionándole fuera del despacho en sus horas de asueto. Quizá debería adquirir alguna afición complementaria, coleccionar sellos, insectos o fotografías de estrellas de cine, algo en fin que le distrajera, al salir de la oficina y absorbiera sus ratos libres apartando su pensamiento de la marcha de los asuntos oficiales.

«Debería casarme y tener hijos como los demás».

Sin saber por qué causa se encontró pensando en Maggie Tremley.

Buena chica, guapa y completamente distinta del granuja de su hermano. A Bill le produjo una buena impresión el día que la

conoció. La Brigada Especial vigilaba entonces a
O’Neil
e investigaba todas sus amistades y relaciones con otras personas. Jim Tremley había entrado poco antes a figurar en la pandilla de los guardaespaldas de
O’Neil.
La chica trabajaba en unos grandes almacenes, donde se había hecho de notar por su seriedad y su carácter retraído.

Fue en Madison Square Garden donde
O’Neil
y Maggie Tremley se encontraron por primera vez, en el curso de una velada de boxeo. Tremley había recibido dos entradas de su jefe y decidió llevar a su hermana. Después de las presentaciones, Maggie pasó a ocupar una localidad más cómoda junto a
O’Neil.

En opinión de Rushford, el *gángster* se interesaba de una forma especial y muy personal por Maggie Tremley. Ésta fue a trabajar eh la oficina de
O’Neil,
y desde aquel momento Jim Tremley empezó a ganar posiciones en el aprecio y la confianza de su jefe.

Rushford se preguntó, intrigado, cómo reaccionaría
O’Neil
después de la traición de su protegido. Si, como Bill creía,
O’Neil
seguía interesado en la chica, entonces no podría echar a Jim sin perder el favor que pudiese haber ganado en el corazón de Maggie Tremley. Sin embargo, por lo que Rushford conocía del carácter de
O’Neil,
Jim Tremley estaba condenado a los ojos de éste con el peor delito que pudiera haber cometido: la traición.

Bien, ya había dejado de pensar en Maggie para empezar otra vez a darle vueltas al caso
O’Neil.
Unas gotas de lluvia cayeron sobre el cristal del automóvil.

Llegó al muelle bajo un aguacero torrencial, con el cepillo limpiaparabrisas barriendo las escurriduras de la lluvia sobre el cristal. Estacionó el auto en la zona de aparcamiento, saltó a la

acera y corrió bajo el diluvio hasta el resguardo de la marquesina donde un policía de uniforme le saludó.

Rushford entró en el vestíbulo. El sargento De Ruyter le saludó del otro lado del mostrador del bufete de recepción. Bill se detuvo un instante para echar un vistazo a los documentos de identidad del detenido. Luego se encaminó por un pasillo hasta la oficina donde el teniente Cohen y el sargento Knudsen estaban interrogando al chileno. El teniente, medio tumbado en un sillón giratorio ante la máquina de escribir, mordisqueaba un emparedado teniendo a mano un botellín de cerveza.

Semejante a un búfalo furioso, eh ceño fruncido, el negro y rizado pelo casi tocando las hirsutas cejas, la nariz chata y la mandíbula prominente, el sargento Knudsen daba incesantes vueltas en torno a la silla donde el aterrorizado chileno sudaba por todos sus poros.

Knudsen se detuvo al entrar Rushford. Vestía en mangas de camisa. Bajo el sobaco derecho, un revólver sacaba su pulida culata de una funda de cuero.

—¡Ah, ya está usted aquí! —Gruñó Knudsen con aire satisfecho.

De pronto se volvió levantando el brazo y atizó un revés a la cara del detenido. El hombre, pillado por sorpresa, soltó un chillido de rata y cayó de espaldas arrastrando ruidosamente la silla.

—¡Vamos a ver si ahora hablas, grandísimo bribón! —rugió el sargento recogiéndolo del suelo y levantándole en vilo por las solapas de la chaqueta—. ¡Ea, se acabaron las contemplaciones! ¿Quién te has creído que soy, maldita rata?

—¡Por el amor de Dios, no me pegue! —gimió el desdichado juntando sus manos implorantes.

Knudsen lo tiró de un empujón sobre una butaca tapizada de cuero. El teniente Cohen hizo una mueca de desagrado mirando a Rushford.

—Artículo doscientos doce del reglamento —dijo Rushford al sargento.

—¡Bah! —bufó Knudsen, despectivo—. Usted y yo sabemos cómo tratar a esta gentuza. ¡Artículo doscientos doce! Aplíquelo usted al pie de la letra y estos sinvergüenzas le tomarán el pelo. Buenos puños es lo que hace falta para soltarles la lengua.

—No, Knudsen. Usted y yo somos considerados los tipos más

duros de la Brigada, pero esto va a cambiar. En adelante trataremos a los detenidos con mano suave. Ya tuvimos bastante jaleo en el caso Tremley. Si no le hubiéramos dado aquel par de bofetadas, su abogado no habría tenido base en que apoyar su acusación por malos tratos.

—¡Apaga y vámonos! —exclamó Knudsen, desalentado—. Lo que nos faltaba. Ya era bastante difícil hacerles cantar apretándoles el gaznate…

—Lo dicho, Knudsen —atajó Rushford con severidad—. Nada de empujones, bofetadas ni amenazas. Este hombre ni siquiera es americano. No estaría bien que le diéramos ocasión de regresar a su país diciendo que los agentes de aduanas norteamericanos maltratan a sus detenidos.

Repicó el teléfono. El teniente Cohen era el que estaba más cerca y descolgó el aparato. Lo aplicó a su oído.

—Es para usted, Rushford —dijo tendiendo el teléfono a Bill.

Bill escuchó la voz del sargento De Ruyter que hablaba desde la centralilla.

—Una llamada para usted, capitán.

A continuación del chasquido de la clavija sonó una voz conocida de Bill.

—¿Capitán Rushford?

—Sí. ¿Quién llama?

—Soy Jim… Jim Tremley. Necesito hablar con usted.

—Ya está hablando conmigo. ¿Qué quiere? —preguntó Bill, intrigado.

—Se trata de algo que no puedo decirle por teléfono. ¿Se acuerda de aquella confesión que hice contra
O’Neil?
Bueno, volvería a firmarla… previo condiciones.

—¿Cuáles condiciones?

—No querrá que se lo diga todo por teléfono.
O’Neil
desconfía de mí. Me mataría si supiera lo que voy a hacer. Podemos tratar el asunto en un lugar aparcado…

—De acuerdo, diga dónde quiere que vaya a buscarle.

—Conozco un sitio…, una gabarra de un amigo llamado Tony Honig, que fue mi manager. Tony es de mi entera confianza. Suele

amarrar su gabarra frente al muelle de Jersey City, un poco más abajo del embarcadero del *ferry* de Cortland Street, junto al varadero. Le estoy telefoneando desde una cabina pública de West Street, a dos pasos de Cortland. Tomaré el *ferry* y nos encontraremos dentro de una hora a bordo de la gabarra. Pero tiene que venir solo. A lo sumo, puede acompañarle un hombre, por ejemplo, el sargento Knudsen. Conozco bien a Knudsen y sé que es de su entera confianza. Este asunto debe ser tratado confidencialmente…, ¿me ha entendido?

—Está bien, le entiendo. Espero que podamos encontrar ese lugar.

—No tiene pérdida. Para más señales pondré a toda marcha la radio de Tony. Si tuviera alguna duda, la música lo guiará, hasta donde yo le estaré esperando.

—Es una buena idea. Nos veremos dentro de una hora.

El teléfono fue colgado con alguna precipitación al otro extremo de la línea.

Rushford quedóse reflexionando unos minutos bajo la atenta mirada del teniente Cohen y el sargento Knudsen.

—Knudsen, venga conmigo —dijo de pronto. Se dirigió al teniente Cohen—. Siga interrogando al detenido. Knudsen y yo vamos a salir en la lancha.

—¿Algo importante?

—Se trata de recoger una confidencia. No tardaremos más de un par de horas.

Knudsen tomó su americana del respaldo de una silla y se la puso. Luego recogió su sombrero y su sobretodo y siguió a Rushford fuera de la oficina.

Como tenían tiempo sobrante para acudir a la cita, Rushford fue primero a su despacho, donde estuvo estudiando un gran mapa mural del puerto de Nueva York. El «*ferry*» al cual se había referido Tremley era al parecer un transbordador del ferrocarril, el cual efectivamente conectaba a Jersey City con Manhattan a la altura de la calle Cortland.

Rushford estuvo algún tiempo dudando entre solicitar la colaboración de la policía del Estado de Nueva Jersey para que situaran algunos coches en aquella sección del muelle, o bien prescindir de la presencia de la policía corriendo el riesgo de que le

hubiesen tendido tina celada.

Bill, sin embargo, no desconfiaba en esta ocasión. Estaba seguro de haber hablado con Tremley. Y creía que Tremley le esperaba allí para negociar algo así como la perdición de
O'Neil
a cambio de una recompensa y un pasaje en avión hasta California o cualquier otro distante Estado de la Unión.

Optando por seguir las instrucciones tal y como Tremley se las había dictado, volvió a coger su sombrero e hizo una seña a Knudsen para que le siguiera.

El fuerte aguacero que sorprendió a Rushford por el camino, se había convertido en fina y pertinaz llovizna. Los dos hombres cruzaron la calle arrebujándose en sus ligeros sobretodos y alcanzaron el embarcadero.

Un sargento de la Marina adscrito al Servicio de Guardacostas salió al encuentro de Rushford envuelto en un amplio impermeable amarillo.

—Un servicio de lancha hasta Jersey City —ordenó Rushford—. Bastará con un piloto y un marinero.

El sargento les indicó upa lancha y volvió a la barraca para designar a los hombres. Un cabo y un marinero salieron abrochándose los impermeables. La lancha puso su motor en marcha y se separó del muelle.

Rushford señaló en un plano de la bahía el lugar exacto donde deseaba ser llevado.

—Déjennos en algún lugar próximo al muelle del «*ferry*» Penn Railroad. Como se trata de visitar a un amigo, convendría que apagaran esa luz destellante del techo para no alarmar a los vecinos.

Al igual que los coches de la Policía, la lancha del Resguardo llevaba un faro rojo giratorio sobre el techo de la cabina. Ésta fue la luz que Rushford recomendó apagar.

Abriéndose paso entre la oscuridad y la lluvia, la lancha avanzó cabeceando sobre las agitadas aguas del río en dirección a las luces que brillaban en la orilla opuesta.

Casi media hora invirtieron en la travesía.

La canoa del Resguardo fue a abordar el muelle un poco más abajo del lugar señalado por Rushford. Los dos agentes

abandonaron la caliente cabina y saltaron a tierra firme.

—Esperen aquí, no tardaremos en volver —dijo Rushford.

Echaron a andar por el solitario muelle, metiendo en ocasionas los pies en los numerosos charcos. Era aquélla una zona solitaria y muy mal alumbrada, silenciosa y maloliente. A poco escucharon la estrepitosa música de un receptor de radio, ruido que fue creciendo a medida que se acercaban a su lugar de procedencia.

—Éste es el varadero —señaló Rushford un terreno cercado por una alta verja de hierro.

Varias embarcaciones se mecían tirando de sus amarras junto al muelle. Algo separada de éste, hasta el punto que era necesario tomar un bote para llegar a ella, vieron una pesada gabarra en la cual brillaba una luz procedente de un redondo ventano de camarote.

—Bien, ésa debe ser la gabarra. Tomaremos uno de esos botes —dijo Rushford. Rushford soltó la amarra de un botecillo mientras Knudsen empuñaba los remos.

Abordaron el costado de la gabarra y saltaron a la resbaladiza cubierta.

La estrepitosa música procedía de la caseta que se levantaba a popa de la embarcación. Salía alguna luz por los redondos ventanos de la caseta. Arriba, sobre el Mástil, se balanceaba un farol de petróleo de cristales rojos.

La oscuridad de la noche, la lluvia, el medroso chapoteo de las olas contra el vetusto casco de la embarcación y la soledad del lugar daban carácter singularmente siniestro a la escena.

Rushford hizo lo que Knudsen; sacó la pistola de la funda del sobaco y la metió en el bolsillo de su gabardina, conservando la mano sobre la caliente culata mientras echaba a andar sobre la brillante cubierta resbaladiza por la lluvia y la grasa acumulada sobre ella.

La puerta de la caseta estaba solo ligeramente entornada. Rushford la empujó son el pie y la puerta se abrió con un chirrido.

Rushford bajó dos escalonas de madera y se detuvo en el dintel.

A través de la desordenada cabina, los ojos de Rushford fueron a detenerse cobre el pequeño aparato de radio que estaba tirado en el suelo entre varios libros sacados de un estante.

Era un receptor de transistores.

Rushford avanzó un paso entrando en la cabina. Los libros desparramados, los muebles volcados, la raída alfombra toda arrugada, eran claros indicios de que allí se había sostenido una dura lucha.

En el piso, sobre la alfombra, al pie de un diván convertible en cama, yacía de bruces el cuerpo de un hombre. El desgarrado cuello de la camisa sobresalía del cuello de la americana. Apoyaba una mejilla en una mancha de sangre y tenía los ojos vidriosos vueltos hacia la puerta.

Sin pronunciar palabra, Rushford fue a inclinarse sobre el hombre.

—Es Tremley —murmuró—. Debieron propinarle una buena paliza.

—Y después lo pasaportaron con un tiro en la nuca —observó el sargento Knudsen señalando el sangrante orificio en la parte de atrás del cráneo del cadáver.

Rushford se incorporó exhalando un suspiro. Casi debajo del diván vio la pistola, pero no la tocó.

—Knudsen, vaya en la lancha a tierra y telefonee a la policía.

—¿A la policía del Estado de Nueva Jersey?

—Naturalmente. Estamos en su jurisdicción.

Volviendo a guardar la pistola en el bolsillo de su gabardina, el rudo Knudsen salió de la cabina para perderse en la oscuridad entre la lluvia.

CAPÍTULO III

Sacudiendo las gotas de lluvia de su abrigo negro, el superintendente Delanson entró en el despacho y quedóse mirando a Rushford arqueando una ceja.

—Mi esposa no le perdonará nunca lo que ha hecho con ella, Rushford. Lo estaba pasando estupendamente cuando vino su llamada y tuvimos que dejar la fiesta en lo mejor. Bueno, veamos qué ha ocurrido. Y espero que sea algo que merezca haberme importunado a estas horas, porque de lo contrario…

—Han asesinado a Tremley —soltó Rushford a bocajarro sin dejar que Delanson terminase su amenaza.

El superintendente Delanson desfrunció su ceño, miré a Rushford extrañado y guardó silencio mientras se despojaba del abrigó y la bufanda y los arrojaba junto con el sombrero sobre el respaldo de un sillón.

Delanson, que vestía impecable *smoking* y pechera almidonada, se movió hacia su sillón mientras gruñía:

—Bueno, han asesinado a Tremley. ¿Y qué? El Estado de Nueva York tiene un buen cuerpo de policía con una Brigada de lo Criminal que es quien se ocupa de estos casos. Por cierto, ¿fue un asesinato?

—Sin duda. Le dieron una paliza, y luego le pegaron un tiro en la nuca con su propia pistola. El hecho ocurrió en los muelles de Nueva Jersey, a bordo de una gabarra de un tal Tony Honig que luego declaró no saber nada.

—¿Por qué iría Tremley a buscar su muerte tan lejos?

—Fue a Nueva Jersey para encontrarse conmigo a bordo de esa gabarra. Tremley me telefoneó esta noche después que usted y yo nos separamos.

—¿Dice que le telefoneó? —el arrugado rostro de Delanson mostró súbito interés.

—Parecía asustado. Dijo que O’Neil lo mataría si supiera lo que iba a hacer.

—¿Pero qué cosa era la que se disponía a hacer? —preguntó Delanson lleno de ansiedad—. ¿Acaso se lo dijo?

—Dijo que estaría dispuesto a firmar una nueva declaración contra O’Neil…, con condiciones.

—¿Qué condiciones?

—No llegó a decirlo. Eso era lo que teníamos que tratar en nuestra reunión. Probablemente, Tremley quería sacar algún dinero, protección contra O’Neil y una promesa de inmunidad completa por la culpa que pudiera alcanzarle en los delitos cometidos por Peter O’Neil.

—O sea, que Tremley estaba dispuesto a traicionar a O’Neil. ¿Qué le induciría a tomar tan arriesgada decisión?

—Tremley no podía engañar a O’Neil respecto a la declaración que hizo a la policía. Al ser puesto en libertad, Tremley comprendió que bajo la apariencia amable de O’Neil, éste le tenía presente en sus maldiciones y jamás volvería a otorgarle su confianza. Esto pudo decidirle a dar tan arriesgado paso.

Delanson se retrepó en su asiento reflexionando en silencio durante unos minutos.

—Si Tremley se proponía realmente vender a O’Neil, es una lástima que usted no llegara a tiempo para tomarle esa declaración —dijo pensativamente—. ¿Está usted seguro de haber hablado con Tremley por teléfono?

—Eso creo. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque hay algo en el fondo de este asunto que no veo muy claro. Tremley se disponía a traicionar a
O’Neil.
¿Por qué? ¿Qué esperaba ganar con ello? ¿Dinero?

Tremley sabía que la policía federal no tiene en su presupuesto ningún apartado para retribuir a los traidores. En realidad, las ventajas que Tremley iba a conseguir como premio a su traición, no estaban en correspondencia directa con los riesgos a que se exponía. Según usted, él mismo dijo que
O’Neil
le mataría si llegara a saber lo que hacía. Por consiguiente, Tremley tenía plena conciencia del peligro. Y no obstante aceptó el riesgo. Y fue víctima de su audacia. ¿Por qué hizo todo esto?

—Acaso hubiera una razón de índole personal.

—¿Cuál?

—Maggie.

—¿Maggie?

—Maggie Tremley, la hermana de Jim. La chica causó tremenda impresión en Peter
O’Neil
la primera vez que se encontraron. Desde entonces,
O’Neil
no ha tratado de disimular su gran interés por la muchacha. La empleó en su oficina, le ha regalado flores y vestidos y la invita con frecuencia a salir en su compañía. Creo que ese viejo cerdo está enamorado de Maggie Tremley. Hasta qué punto es honrado en sus intenciones, eso no lo sé. Lo que si es seguro, es que Maggie ha servido de freno a
O’Neil.
En circunstancias normales,
O’Neil
habría correspondido a la traición de Tremley haciendo que sus guardaespaldas le dieran una paliza y obligándole a salir de la ciudad.
Si O’Neil
no lo hizo, fue por Maggie Tremley.

—Parece usted muy seguro en sus aseveraciones, Rushford, pero continúe, le escucho —dijo el superintendente.

—Pues bien, supongamos que Jim ha consultado la opinión de su hermana y sabe de fijo que sus buenas relaciones con O’Neil terminarán tan pronto como el viejo zorro se aventure a obtener de la chica o un «sí» o un «no».

—En otras palabras, que Maggie Tremley le ha confiado a su hermano que calabaceará a O’Neil.

—En cuyo caso los hermanos Tremley habrán perdido el favor de O’Neil. Si Jim supiera lo que iba a ocurrir y temiera las represalias de O’Neil…

—Sí, ahora creo entenderle. Usted supone que Jim, anticipándose a la venganza de O’Neil, ha intentado llevar a cabo una buena acción denunciando a su jefe para que le metan en presidio y deje en paz a su hermana.

Rushford asintió con leve movimiento de cabeza.

—La teoría viene un poco forzada, pero acaso la propia señorita Tremley pueda corroborarla con su declaración. ¿Ha pensado en ir a verla? —preguntó Delanson.

—Pensaba ir contando con permiso de usted.

—Está bien, vaya —dijo el superintendente poniéndose en pie y alcanzando su sombrero y su bufanda—. Telefonee a mi casa con cualquier cosa que averigüe.

Esta vez, Rushford no esperó a Delanson para salir juntos a la calle. En el vestíbulo recogió al sargento Knudsen que estaba tomando una taza de café.

El estado del tiempo había empeorado en el transcurso de las primeras horas de la noche. Cuando Rushford se lanzó a la calle seguido de Knudsen, seguía lloviendo y soplaba el viento golpeando las persianas de las casas. Los dos hombres corrieron hasta el auto de Rushford.

—¡Vaya una nochecita para salir de paseo por toda la ciudad! —exclamó Knudsen sacudiendo las gotas de lluvia de su sombrero—. ¿Dónde vamos ahora?

—A un húmero de East Side, el domicilia de la señorita Tremley.

Knudsen soltó un gruñido de asentimiento, guardando silencio, mientras Rushford escogía el camino entre las desiertas y silenciosas calles barridas por el viento y la lluvia.

Durante el largo recorrido por la avenida Roosevelt, Bruzando por delante del edificio de las Naciones Unidas para seguir a lo largo del río bajo la sólida armazón de acero de Queensboro Bridge, el cielo se iluminaba con los relámpagos y retumbaban los truenos: La lluvia arreció en fuerza y el sargento murmuró otra vez algo a propósito de aquella condenada profesión que le obligaba a uno a ir de un lado a otro en una noche infernal como aquélla.

Rushford redujo la marcha y bajó el cristal de la ventanilla para seguir con la vista los edificios que desfilaban por su lado izquierdo.

—Aquí es.

El auto se detuvo y los dos hombres echaron pie a tierra bajo la lluvia torrencial.

La callé anegada parecía un río. Bill sintió la humedad del agua en los pies cuando cruzaban la calle. El sargento rezongó.

La casa donde habitaban los Tremley era de construcción anticuada, aunque todavía conservaba una respetable apariencia. El portal estaba abierto y utilizaron el ascensor hasta el piso de Maggie Tremley.

Los artesonados del techo, la verja del ascensor, los hierros de la escalera y los apliques de bronce desprendían vetustez. Los muros reclamaban, con urgencia una mano de pintura, y en algunos lugares también una reparación. Rushford apretó un botón de nácar y dentro repicó un timbre.

—Sólo faltaría que no hubiera nadie y tuviéramos que esperar.

—No está usted muy optimista esta noche, Knudsen. Espere, ya salen a abrir.

En efecto, dentro se escuchaba el rumor amortiguado de unos pasos. Se abrió una pequeña rejilla en la puerta, a través de la cual fueron contemplados por una brillante pupila.

—¿Quién?

—Capitán Rushford, del Cuerpo de Aduanas.

Transcurrió un minuto largo desde que se cerró la mirilla hasta que Maggie Tremley abrió la puerta.

Maggie no tenía motivos para apreciar a Rushford. En realidad le detestaba, y parte de este aborrecimiento estaba presente en sus

pupilas cuando se presentó a los policías envuelta en una bata de estar por casa.

Llevaba el rubio pelo ligeramente despeinado, en su rostro no había afeites, y sin embargo, resultaba singularmente atractiva en este nuevo aspecto íntimo de su personalidad.

Rushford se descubrió, siendo imitado de mala gana por el sargento Knudsen.

—¿Qué quieren? —espetó la chica antes que Rushford tuviera tiempo siquiera de saludar.

—¿Ha recibido noticias de su hermano? —preguntó Rushford preparándola para el rudo golpe que iba a asestarle.

—¿Qué clase de noticias? ¿Qué ha ocurrido? —interrogó la muchacha, alarmada. Y en sus ojos se vio el miedo.

Rushford no contestó y ella preguntó con ansiedad.

—¿Le han detenido de nuevo?

—Peor que eso. Le ha ocurrido una desgracia.

—¡Una desgracia!

Siguió una pausa y en ésta se escuchó el chasquido del ascensor al ponerse en marcha para descender.

—Siento tener que ser yo quien le de esta mala noticia, *miss* Tremley. —Rushford estaba realmente apurado—. Su hermano… Bueno, le han matado.

Rushford tuvo que sostenerle y acompañarla hasta un coquetón diván, en el cual la muchacha se dejó caer. Knudsen cruzó el *living* hasta un mueble, lo abrió y encontró vasos y un par de botellas. Regresó con un vaso medio lleno de *whisky* que ofreció a la chica, pero ella lo rehusó.

—Cuénteme lo ocurrido —dijo clavando sus húmedas pupilas en el rostro de Rushford. Jim me telefoneó a última hora de esta tarde. Dijo que quería hablar conmigo, pero que por razones que él sabía, deseaba que esta entrevista se realizara en un lugar apartado. Me citó para una hora después a bordo de una barcaza de un amigo suyo llamado Honig, en los muelles de Jersey City. Fui allá con el sargento Knudsen, pero encontramos a Jim muerto.

—¿Pero quién pudo matarle? ¿Honig tal vez? No es posible, eran muy buenos amigos —exclamó la muchacha retorciendo sus blancas manos.

—Precisamente de eso quería hablarle, *miss* Tremley. —Rushford

se volvió hacia Knudsen. La puerta había quedado abierta y se escuchaba el ruido del ascensor que subía—. Cierre esa puerta, sargento.

Knudsen cerró. Rushford se inclinó hacia la compungida muchacha haciendo persuasiva su voz.

—¿Ha ocurrido algo hoy, o ayer… entre usted y O'Neil o su hermano y O'Neil?

—No comprendo qué quiere decir.

—Bueno… —Rushford se detuvo buscando las palabras apropiadas. El ascensor se detenía en este momento y sonó la puerta metálica del aparato—. Quiero decir si… En fin, usted no puede haber permanecido ignorante de la dirección en que apuntan las galantes atenciones de Peter O'Neil. Corrientemente, O'Neil es un hombre rudo. En cambio, en sus relaciones con usted…



Llamaron a la puerta. Rushford se interrumpió mirando a Knudsen. Knudsen volvió hacia la puerta y preguntó:

—¿Quién va?

—Soy Peter… Peter
O'Neil
—repaso una, vos.

Esta interrupción resultaba muy enojosa para Rushford y así lo expresó por medio del fruncimiento de sus cojas.

—Está bien, ábrale y veamos qué quiere.

Knudsen abrió la puerta y
O'Neil
avanzó un paso dentro de la habitación deteniéndose para mirar sucesivamente a Rushford, a Maggie y Knudsen. Por detrás de

O'Neil
asomaron el larguirucho Skewer y el siniestro Milker con su rostro de hurón.
O'Neil
avanzó entrando en la habitación, seguido de sus dos pistoleros que se quedaron junto a la puerta.

—Por lo que veo, ellos le han dado ya la noticia —dijo
O'Neil
a la muchacha. Maggie Tremley afirmó con la cabeza. Luego se echó a llorar.

El llanto de la joven pareció conmover al duro
O'Neil
y despertar en él súbito arrebato de ira.

—¡Muy bien, capitán Rushford! —rugió encarándose con el sorprendido policía—. Felicítese. Ya arregló su cuenta con Tremley, y más pronto de lo que todos esperábamos.

¿Pero, quiénes se han creído ustedes que son? ¿Se figuran acaso que por llevar un pedazo de latón bajo la solapa, ya pueden maltratar, abusar y matar a mansalva? ¿O es que la Ley se ha hecho para todos los demás, excepto para aquéllos que viven de ella y se jactan de representarla?

—No sé a dónde quiere ir a parar usted,
O'Neil
—dijo Rushford, oliendo algo turbio en aquella disparatada perorata del *gángster*.

—¿Quiere que se lo diga más claro? Pero no, no se lo diré a usted, no vaya encima a ponerme pleito por injuria y desacato a la autoridad. Se lo diré a usted, Maggie. —
O'Neil
se volvió dramáticamente a la muchacha—. No le habrán dicho que fueron ellos, los que se escudan tras la protección de la Ley…, ellos, el capitán Rushford y el sargento Knudsen quienes mataron a Jim Tremley. ¡No, eso no se lo habrán dicho!

Rushford avanzó, impulsivamente, un paso hacia
O'Neil.

—¡Adelante, pégueme! —desafió
O'Neil
adelantando su prominente mandíbula—. Trate de hacerme tragar

mis palabras a golpes, como hicieron con Jim para obligarle a confesar algo que sólo estaba en la imaginación de ustedes.

—Bien sabe Dios que no me faltan ganas de romperle la cara a puñetazos,
O'Neil
—dijo Rushford con voz amenazadora—. Sin embargo, lo que acaba de decir es demasiado burdo para que nadie pueda creerlo, y tan ridículo que sólo puede mover a risa a quien se lo cuente.

—¿Eso es lo que cree usted? Muy bien, adelante. Ya puede ir empezando a contar su versión de los hechos. Yo haré lo mismo a mi manera. Porque se lo advierto, Rushford. No soy un hombre rico, pero gastaré hasta mi último dólar en movilizar los medios para que esta vergonzosa verdad sea conocida y se busquen los medios para castigarla.

—
O'Neil,
es usted un pobre hombre, un payaso y un imbécil. Salga raudo de esta habitación ahora mismo, si no quiere que le eche a puntapiés —rugió Rushford, rechinando los dientes.

—Muy bien, écheme. Me gustará ver cómo lo hace —dijo
O'Neil
con teatral desplante cruzándose de brazos.

Rushford quedó contemplándole amenazador. No comprendía todavía, dónde se proponía ir a parar aquel hombre con aquella sarta de disparates, más a su pesar se sintió preocupado Esta preocupación, por otra parte, le irritó.

—
O'Neil,
por última vez. ¡Lárguese!

—Écheme usted.

—Como quiera.

Rushford deparó su puño alcanzando a
O'Neil
en la barbilla.
O'Neil
cruzó, reculando, la habitación, haciendo girar sus largos brazos como aspas de molino hasta que fue a estrellarse contra el mueble bar para caer de allí al suelo.

Jesse Skewer y Paul Milker se movieron con rapidez, saliendo el primero contra Rushford y el segundo contra el sargento Knudsen.

El fuerte puño de Knudsen hizo salir reculando a Milker contra la puerta. Rushford, que poseía la fuerza y la agilidad de un verdadero atleta, se inclinó para atrapar a Skewer por la cintura y el pecho, levantándolo en vilo y arrojándolo por el aire contra un mueble aparador.

El aparador quedó hecho astillas y Skewer rodó medio inconsciente por la alfombra entre los fragmentos del cristal del espejo que saltó con estruendo.

O'Neil se incorporó trabajosamente apoyándose en el mueble. Había algo más que una amenaza en los ojos del *gángster*, y este algo era odio y aborrecimiento más allá de lo puramente humano.

Rushford le señaló la puerta en silencio. Mientras recogía su sombrero y se dirigía hacia la puerta, O'Neil rugió entre dientes:

—Me las pagará, Rushford. ¡Le juro que me las pagará!

Milker estaba ya de pie abriendo la puerta, y Knudsen fue en busca de «Hawk» Skewer para cogerle del cuello del sobretodo y levantarle a pulso, propinándole un empellón en dirección a la puerta.

Los tres hombres salieron y Knudsen cerró tras ellos, volviéndose hacia Rushford mientras se sacudía satisfecho las grandes manos.

Rushford, sin embargo, no le miraba.

—Lamento mucho lo ocurrido —dijo a la muchacha—. Le pagaré los destrozos causados en su mobiliario.

Maggie le miró desde el diván, del cual no se había movido.

—No es su dinero lo que quiero, Rushford —dijo con vos silbante entre su apretados dientes—. El precio que habrá de pagar por su crimen no podrá abonarlo con dólares.

—¡Usted no habrá, creído una palabra de las estupideces que dijo O'Neil! —protestó Bill.

—Se equivoca, le creo. Estoy segura de que usted mató a mi hermano.

—Pero…

—Váyase, capitán. Salga de mi casa o empezaré a gritar y, haré que acudan todos los vecinos y promoveré un escándalo que sea el primer tropiezo serio de los muchos que va a tener de hoy en adelante.

El tono en que fueron pronunciadas estas palabras no admitía réplica. La muchacha estaba realmente decidida a hacer lo que decía.

—Está bien —dijo Rushford abriendo sus brazos desalentado—. Lo que usted quiera. Pero yo no maté a su hermano. Algún día le mostraré al verdadero asesino, y entonces tendrá que venir a mí, de rodillas, a pedirme perdón por cuanto acaba de decir.

La joven no contestó. Limitóse a mirar a Bill con el fuego frío de su odio y él comprendió que jamás la disuadiría de su error.

Recogiendo su sombrero, Rushford hizo una seña a Knudsen. Éste abrió la puerta y los dos salieron cerrando tras sí.

Capítulo IV

Bill Rushford despertó a la mañana siguiente tarde y con dolor de cabeza. Se levantó y fue a abrir la ventana.

Desde su pequeño y elegante apartamiento de la Octava Avenida, en el ático de un moderno edificio de veinte pisos, dominaba una espléndida vista sobre Central Park a la altura de la calle 72. Con buen tiempo, si había sol, éste penetraba a través de las hojas de las persianas y le daba en los ojos despertándola.

Pero aquél no era un buen día. Llovía, y la niebla hacía aparecer borrosas las siluetas de los esbeltos rascacielos de la parte baja de Manhattan. Rushford era californiano. Los días lluviosos y con niebla, por lo general, le producíais dolor de cabeza y le ponían de mal humor.

En zapatillas, anudándose el cordón del batín, Bill abrió la puerta de su apartamiento y retiró la botella de leche, el pan fresco y el periódico dejado allí por los repartidores.

Mientras hervía el agua del café y se tostaba el pan, Bill desplegó el periódico y le echó una ojeada. Casi lo primero que vio fue una fotografía en la cual un hombre de cara congestionada golpeaba a otro en la mandíbula. En segundo plano, por detrás de los dos hombres, se veía un asustado rostro de mujer: Maggie Tremley.

Rushford recordó la escena. El hombre que encajaba el puñetazo era él mismo. La fotografía había sido tomada la tarde que fue a buscar a Tremley al «Blue Whale», después que un jurado declaró inocente al gángster-boxeador.

Lleno de intriga, Rushford se puso a leer la crónica. En ésta, el periodista empleaba solamente una docena de líneas para dar cuenta del hallazgo del cadáver de Jim Tremley en una gabarra de

Nueva Jersey. Después, el periodista se extendía haciendo historia del «caso Tremley», como si éste se hubiese producido diez años antes, en vas de sólo unos días.

Con gran habilidad, dejando veladamente en la sombra toda afirmación categórica que pudiera perjudicarle, el periodista empleaba mucha tinta para, por un camino tortuoso y utilizando términos muy ambiguos, dejar entrever que la propia policía federal era probablemente la autora de este crimen.

La fotografía tomada en el «Blue Whale», comentada prolijamente, tendía a demostrar que el capitán Rushford poseía razones de índole particular para detestar a Tremley; «el cual se había salvado milagrosamente de ser condenado bajo la acusación de asesinato, después de demostrar que la Policía, en las personas del capitán Rushford y el sargento Knudsen, le habían obligado por la violencia a declarar en contra suya».

En la tostadora eléctrica, el pan socarrado producía una humareda mientras Rushford, sin darse cuenta de ello, quedaba absorto preguntándose indignado qué podía significar aquel traicionero y burdo ataque.

La crónica iba firmada por Abel Snyder, un periodista ramplón para quien la verdad sólo tenía valor cuando alguien le pagaba por defenderla, aunque lo suyo era más bien lo contrario, es decir, defender la mentira y dar forma literaria a la difamación, siempre desde luego que hubiese dinero de por medio.

El timbre del teléfono repicó. Apartando el periódico con un gesto de ira, Rushford se levantó y fue a tomar el aparato.

Era el superintendente Delanson quien llamaba.

—¿Ha leído usted la Prensa de esta mañana, Rushford?

—Si, en estos momentos lo estaba haciendo.

—Perry Merrivale, el fiscal de Jersey City, está en mi despacho y quiere hablarle.

¿Tardará usted mucho en venir?

—No, señor —repuso Rushford. Y colgó el aparato.

Pensativo, y a su pesar preocupado, Bill fue primero a desconectar la tostadora eléctrica. Luego se vistió.

Por no entretenerse en ir a buscar su propio auto al garaje, tomó un taxi que le condujo en breves minutos a Bowling Green. En su despacho, el superintendente Delanson charlaba en tono amigable

con Perry Merrivale. Éste era un hombre joven, alto, muy delgado y activo. Le acompañaba el jefe de policía de su distrito, pero éste se encontraba un poco retirado esperando, con aire aburrido.

—Bien, aquí está el capitán Rushford —dijo Delanson—. No será necesario que les presente, me figuro.

—¿Cómo está usted, Merrivale? —Rushford estrechó la larga y fría mano del fiscal. Dirigió un cabezazo a Winter—. ¿Cómo está usted, *sheriff*?

Winter contestó con un seco gruñido. Delanson habló y dijo:

—Míster Merrivale y el *sheriff* están aquí porque se ha recibido una denuncia contra usted, haciéndole responsable de la muerte de Jim Tremley en los muelles de Nueva Jersey.

—¿Es cierto eso? —preguntó Rushford al fiscal.

—Sí. La señorita Tremley presentó una denuncia contra usted hace apenas una hora. Antes que la noticia trascendiera he creído oportuno venir a hablar con ustedes. Habrá una encuesta, esto es ineludible, si no queremos que la opinión pública se vuelque contra nosotros. Lo que quisiéramos saber de antemano, es si existe alguna posibilidad, aunque remota, de que una investigación preliminar demuestre que efectivamente…

El fiscal se detuvo buscando las palabras apropiadas para expresarse sin herir la susceptibilidad de Rushford.

Fue el propio Rushford, quien adelantándose preguntó:

—¿Quieren saber si realmente asesiné a Tremley? Merrivale hizo un gesto de protesta. Winter dijo secamente:

—La verdad es que el hecho de pertenecer a un cuerpo policíaco del Gobierno no le exime de responsabilizarse de sus actos como ser humano. También los policías reaccionan a los sentimientos de ira, rencor y venganza, y a veces cometen asesinatos… con ventaja sobre cualquier otro ciudadano corriente y poco versado en los usos delictivos.

Rushford frunció el ceño y el fiscal se apresuró a salir al paso de lo que Bill iba a decir.

—Bueno, no se trata de acusarle. Seguramente usted no ha sometido ese crimen, más por lo mismo que es inocente, no le importara que nosotros cumplamos con nuestro deber abriendo la investigación pertinente al caso. Pudiera ocurrir, sin embargo, que en el curso de esta investigación apareciesen indicios

condenatorios…, algo que pudiera crearle molestias a usted y no dejara suficientemente demostrada su inocencia al gusto de la persona que ha presentado la denuncia.

—Yo creo que confunde usted los términos, señor fiscal —dijo Rushford, irónicamente—. Lo que esa persona desea demostrar no es mi inocencia, sino mi culpabilidad… Algo semejante a lo que ocurre con el *sheriff* Winter, el cual tampoco me aprecia demasiado.

Winter se puso colorado.

—Usted no puede demostrar que posea razones para detestarle.

—Yo también creo que no tiene razones. Sin embargo, me detesta. Tal vez sea algo que usted no puede evitar.

El fiscal se puso en pie precipitadamente y dijo:

—En fin, sólo tratamos de ayudarle, aunque usted prefiera creer lo contrario. La encuesta se celebrará mañana a las doce y deberá, aportar a ella cuantas pruebas y testimonios pueda reunir en su defensa.

La salida de los dos hombres fue seguida de un espacio de silencio entre Delanson y William Rushford.

—¿Qué bicho les ha picado a ésos? —exclamó Rushford—. ¿De veras se proponen cargarme a mí con el muerto?

—Consideremos la posición del fiscal Merrivale y el *sheriff* Winter. El crimen se ha cometido en su demarcación. Ellos acaban de ser elegidos para esos cargos después de una campaña electoral muy reñida, y están impacientes por demostrar su competencia y ganar notoriedad.

—¿Y debo pagar yo el pato, sacrificándome para que esa par de idiotas hagan alarde de su recién estrenada eficiencia?

—A ellos no les importará sacrificarle, si arruinando su carrera dan una campanada que sirva a sus intereses políticos. Pero usted no se prestará a hacerles el juego sin luchar.

—¡Oh, de eso puede estar seguro! —protestó Bill, acalorándose. El superintendente asintió con su gris cabeza.

—Atienda esto, Bill. Voy a concederle plena manga ancha para que trate de resolver el caso en la mayor brevedad posible. Merrivale y el *sheriff* Winter son capaces de enredar el asunto de tal forma, que tenga usted que presentar un culpable para salvarse de ser juzgado por asesinato. Si el verdadero culpable es
O’Neil,

y podemos demostrarlo, habremos conseguido lo que no pudimos conseguir en el caso de «Drowsy» Cheney.
O’Neil
irá a dar con sus huesos en presidio, e indirectamente habremos liquidado su organización… que es el fin que perseguimos.

Delanson se interrumpió mirando fijamente a su subordinado.

—Espero —dijo— que sepa aprovechar mejor esta segunda oportunidad. Y digo que así lo espero, porque si fracasa también esta vez, no habrá una tercera ni una cuarta vez para enmendar su fracaso.

—No fracasaré —prometió Rushford, solemnemente.

Minutos después, mientras se dirigía a la subestación del puerto, Rushford repasaba mentalmente su conversación con el superintendente. Aquel «espero que sepa aprovechar mejor esta segunda oportunidad», bien mirado tenía un sentido amenazador para él.

Él había contestado: «No fracasaré». Sin embargo, sopesando fríamente sus palabras, advertía que había mucho de inseguridad en esta categórica afirmación. A lo sumo haría cuanto estuviese de su mano para desenmascarar al asesino de Tremley, pero en gran parte su éxito o su fracaso dependían de la suerte.

Cuando el taxi que llevaba a Rushford se detenía al otro lado de la calle frente a las oficinas del resguarde, pudo ver un grupo de periodistas que esperaban armados de sus cámaras fotográficas. En vez de apearse del coche, Rushford ordenó al taxista:

—Siga adelante hasta que vea una cabina telefónica.

Desde la cabina telefónica pública, distante apenas cien yardas del edificio del resguardo, Rushford telefoneó al sargento Knudsen.

—He visto a esos periodistas en la calle —dijo Bill—. ¿Qué andan buscando?

—Le buscan a usted —repuso Knudsen, malhumorado—. Como usted no estaba, la emprendieron a preguntas conmigo. Tuve que empujar a uno y me han prometido no dejar de consignar en sus periódicos mi brutalidad y falta de modales. ¿Dónde está usted?

—En la cabina pública frente al varadero. Tome un coche y venga a buscarme. Pero lleve también un conductor.

Bill salió de la cabina para pagar y despedir al taxi. Poco después vio acercarse un largo auto negro con el inspector Marlon

al volante y el sargento Knudsen como pasajero.

Los periodistas que se encontraban ante el edificio del resguardo se dieron cuenta demasiado tarde de la treta con la cual Rushford les había burlado.

—A Jersey City —ordenó Rushford, tomando asiento junto al inspector Marlon. Knudsen le tendió un periódico doblado por encima del respaldo del asiento.

—¿Ha leído usted esto?

Rushford echó una mirada superficial a los titulares.

—Sí.

—Algún día le echaré la mano al cuello a ese periodista imbécil y…

—El mal que ha sembrado no es de los que se puedan reparar con un par de puñetazos, Knudsen. Hay algo más grave detrás de todo eso. La hermana de Tremley ha presentado una denuncia contra usted y contra mí, y el fiscal Merrivale de Nueva Jersey se propone investigar el asunto tan lejos como pueda llegar…, hasta sentarnos en el banquillo de los acusados si es necesario.

Knudsen dejó escapar un juramento. Aunque no era un hombre que se asustara fácilmente, se mostró visiblemente preocupado mientras hablaban todo el camino hasta que pasando el Hudson por uno de los tubos subterráneos fueron a surgir de nuevo a la luz del día en Jersey City.

Aunque había dejado de llover por el momento, el día seguía gris y un viento húmedo y frío rizaba el agua estancada en los numerosos charcos en el muelle. El mismo viento, procedente del Atlántico, levantaba pequeñas olas en el río y hacía cabecear los botes y las numerosas gabarras amarrados al muelle donde la noche anterior atracó la lancha de la policía.

La cubierta de la gabarra aparecía desierta, pero en el muelle había un grupo de gente, pescadores, desocupados y estibadores que comentaban los sucesos de la noche anterior. Dos agentes uniformados de la policía de Jersey City se ocupaban de impedir que nadie se acercase a la gabarra.

Antes de apearse del auto, Rushford ordenó a Knudsen y Marlon:

—Esperen a que la atención del público venga sobra mí, apéense y dense una vuelta por ahí. A últimas horas de la tarde de ayer, un auto debió estacionarse por estos alrededores, y unos hombres

tomaron un bote para ir hasta la gabarra, Me gustaría saber si alguien vio el auto o a los hombres. Y si fueron vistos, cuál ara el aspecto de uno y otros.

Rushford salió al muelle, fue andando la corta, distancia que le separaba del grupo de mirones y es acercó a los policías.

—Oficial del resguardo del puerto —se anunció mostrando brevemente su carnet de identidad—. Voy a visitar la gabarra. ¿Saben sí Tony Honig se encuentra a bordo?

—No hay nadie a bordo.

—¿Dónde podría ver a Honig?

El policía levantó los hombros. Fue un estibador de los que formaban el grupo de mirones quien declaró:

—Honig estaba, aquí hace apenas una hora. Vino a buscarle el *sheriff* y se fueron juntos en un auto de la policía.

—Creí que no sabía nada acerca del paradero de Honig —dijo Bill, mordaz, volviéndose al policía.

El hombre no contestó.

Rushford se alejó del grupo para regresar junto al automóvil. Ni Marlon ni Knudsen andaban por allí cerca. Las llaves del contacto estaban en la cerradura del tablero. Bill se sentó ante el volante, puso el coche en marcha y se dirigió a la ciudad.

Poco después se encaraba con el sargento que atendía el bufete de recepción del cuartel general de la policía metropolitana.

—Soy el capitán Rushford. ¿Quiere anunciarme al *sheriff*?

El sargento hizo una seña a un policía. El agente uniformado entró por una puerta. Regresó poco después y guió a Rushford hasta una oficina donde encontró al *sheriff* en conversación con uno de sus detectives.

—Me acaban de decir que estuvo en el muelle buscando a Honig. ¿Para qué le quiere? —interrogó Winter.

—Lee noticias correa más que los autos en este lado del río —repuso Rushford malhumorado—. ¿Para qué le quería usted? Me han dicho que Honig está aquí.

—No está. Vino a firmar su declaración y luego se marchó.

—Apuesto que ignora dónde. ¿O sabe dónde le podría encontrar?

—No.

—Me lo figuraba. ¿Puedo ver esa declaración?

—No.

Rushford se sentó en si borde de la mesa.

—Con esas respuestas no demuestra muchos deseos de colaborar.

—No nos engañemos, Rushford. La policía federal, por lo común, no se ocupa de los casos de asesinato. No creo que el superintendente Delanson sienta mucho interés por el asunto. Pero usted sí tiene interés… Una curiosidad y un interés puramente personal que no estoy obligado a servir.

—Se equivoca, Winter. La policía federal tiene mucho Interés en descubrir al asesino de Jim Tremley. Creemos que Peter O'Neil ordenó la ejecución. Por espacio de michos meses hemos estado vigilando a O'Neil, hasta obtener la convicción de que dirige una cuadrilla de contrabandistas de estupefacientes, aunque sin poder demostrarlo. Algún día quizá atraparemos a O'Neil en la red de las leyes federales. Entretanto, no desdeñamos la oportunidad de llevar a O'Neil ante un jurado y Hacerle condenar bajo una acusación por asesinato. A O'Neil quizá no le parezca muy deportivo que la policía federal le haga condenar por un delito secundario, inferior sin duda a sus otros muchos delitos que no le podemos demostrar. Para nosotros, en cambio, cualquier pretexto es válido si con ello enviamos a O'Neil a presidio y desbaratamos su criminal organización. ¿Comprende ahora por qué nuestro interés en el caso Tremley?

Winter sostuvo impertérrito la mirada de Rushford.

—El superintendente Delanson no tiene por qué inquietarse —dijo marcando cada palabra—. Si O'Neil es el asesino de Tremley, nosotros le descubriremos. Pero de todos modos desenmascararemos al asesino, aunque no sea

O'Neil.

Rushford saltó de la mesa al suelo y hundió las manos en los bolsillos de su gabardina, contemplando torvamente al *sheriff*.

—Creo saber por dónde van sus tiros, Winter. Pero voy a anticiparle una cosa. Pierde usted su tiempo, y al final se llevará una desilusión si pretende cargarme a mí con ese asesinato.

—Naturalmente, Rushford. ¿Usted qué iba a decir?

La desdeñosa sonrisa del *sheriff* hizo que Rushford se acalorara acaso más de lo que la prudencia aconsejaba en estas circunstancias.

—Winter, es usted un imbécil —dijo rechinando los dientes—. Acaba de estrenar su flamante estrella de *sheriff*, y ya quiere darnos lecciones de eficiencia a los demás. ¿Cómo se cree que ganamos nuestro sueldo los agentes del Gobierno? ¿Chupándonos el dedo mientras politiqueros de tres al cuarto como usted nos sacan las castañas del fuego? ¿O se figura que le necesito a usted para encontrar al asesino de Tremley y sentarlo al banquillo de los acusados?

—Este caso es mío —repuso Winter poniéndose colorado—. El crimen ocurrió en mi demarcación y yo llevaré el asunto como mejor me parezca.

—Muy bien, siga adelante por ese camino —dijo Rushford, furioso y dando una rabotada salió de la oficina cerrando de un violento portazo.

CAPÍTULO V

De regreso en el muelle, Rushford se reunió con Marlon y Knudsen. Éstos, después de interrogar a mucha gente, no habían podido encontrar a persona alguna que hubiese advertido una actividad inusitada de hombres o automóviles en las inmediaciones.

Tal falta de testigos no era de extrañar, dado que aquel rincón del muelle era muy solitario y quedaba apartado del ruido y el tráfico que se deslizaba a corta distancia alrededor del «*ferry*». El varadero empleaba durante el día a una docena o más de obreros dedicados a la reparación de fondos de unas cuantas barcas pesqueras, pero ya por la tarde el varadero se cerraba y el lugar se convertía en un paraje silencioso y mal alumbrado.

—Es posible que el guarda del varadero viera algo, pero ese hombre no entra de turno hasta las cinco de la tarde, y nadie de por aquí conoce su domicilio —señaló Marlon.

—Es un poco extraño que un hombre que presta servicios de guardián nocturno no tenga un domicilio conocido —apuntó Rushford.

—No, no es extraño. Se trata de un viejo que vive a bordo de una barcaza de un yerno suyo, por cuya causa su domicilio está cambiando constantemente de lugar. Pero tengo su nombre y el de la barcaza.

—Busque un teléfono, comunique nombre de la barcaza y del guardián a nuestras patrullas del puerto y que le localicen.

Marlon marchó en busca de una cabina telefónica.

—Bien, hemos estado averiguando otras cosas respecta a ese Tony Honig. ¿Sabía usted que tiene una novia? —dijo Knudsen.

—Lo suponía. Vi algunas prendas de ropa femenina ayer tarde al registrar el camarote de Honig. ¿Quién es la mujer?

—Se llama Scheldt Robbins. Trabaja en la sección administrativa de una gran fábrica de material eléctrico en Hobboken.

—Eso queda cerca de aquí. Iremos a hacer una visita a la señorita Robbins.

Recogieron a Marlon junto a la cabina de teléfonos y marcharon rápidamente hacia Hobboken, pues se aproximaba la hora del *lunch*. La fábrica estaba al fondo de un callejón sin salida en la Palisade Avenue. En la esquina había un restaurante y hacia éste marchaban en grupos hombres y mujeres empleados de la fábrica.

El portero de la fábrica, sin embargo, tranquilizó a Rushford. La señorita Robbins no había salido todavía. Utilizó el teléfono para anunciar la visita y luego informó.

—La señorita Robbins les espera. Tomen esa escalera de la derecha y empujen la primera puerta de la izquierda.

Rushford y Knudsen subieron la escalera. La puerta que les había indicado el portero correspondía a un salón recibidor con buenas butacas, una mesita baja y en ella un teléfono.

La mujer que entró por la puerta ya había doblado el promontorio de los cuarenta. Era alta, muy delgada y parecía seria y eficiente. No era atractiva, pero su mirada era inteligente y penetrante. Los dos policías se pusieron en pie.

—Soy el capitán Rushford de la Brigada Especial del Cuerpo de Aduanas. Estamos investigando los sucesos ocurridos ayer tarde en la barcaza de Tony Honig. ¿Es usted novia de Honig?

—Sí.

La mujer parecía nerviosa. Señaló las butacas, con un ademán, no obstante lo cual tanto Rushford como Knudsen continuaron en pie.

—Yo me, encontraba anoche en la gabarra cuando llegó Honig acompañado de los policías que le fueron a buscar. Honig presenté una coartada aceptable. Si no recuerdo mal, dijo que había estado con usted en cierto cine de barriada de Jersey City…

—Sí, sí, exactamente —dijo la mujer—. Al terminar mi trabajo a las cinco fui a encontrarme con Tony en la cafetería próxima al muelle donde solemos reunimos siempre. De allí nos fuimos juntos, al cine. En el intermedio, al terminar la primera película y antes de empezar la segunda de las dos que, echaban, vinieron dos policías buscando a Tony. Yo iba a acompañarlas, pero uno de los policías

es conocido nuestro y aseguró que no era necesario. Continué allí, aunque desasosegada. Por fin, antes que terminase la película, abandoné el cine y fui en mi automóvil al muelle, donde me enteré de lo que ocurría.

—Así es, punto por punto, como Honig justificó cada uno de sus movimientos de ayer tarde. Por cierto, hemos estado buscando a Honig sin poder hallarle. ¿Sabe usted dónde podríamos encontrarle?

El rostro de *miss* Robbins expresó preocupación y alarma.

—¡Dios mío, espero que no le haya ocurrido nada! —exclamó.

—No es probable. ¿Por qué? —preguntó Rushford incisivamente. La mujer se turbó visiblemente.

—Sí, tiene usted razón. No hay motivo para que pueda sucederle nada malo. Todo esto es muy enojoso… Tal vez Tony trata de dar esquinazo a los periodistas. Algunos de esos molestos individuos estuvieron aquí esta mañana pretendiendo sacarme en un reportaje…

El timbre del teléfono que descansaba sobre la baja mesita repicó en este instante. La señorita Robbins dijo: «Discúlpenme», y tomó el aparato.

—¿Cómo? —preguntó *miss* Robbins. Y después dijo—: Espere, póngame la comunicación con mi oficina… Sí, voy allá.

Colgó el aparato excusándose ante Rushford:

—Si ustedes me permiten… Voy a atender un recado. No tardaré mucho.

—No queremos entretenerla más, señorita Robbins. Puesto que de todas formas no puede decirnos dónde se encuentra Honig, nos marchamos.

La mujer les acompañó hasta el corredor. Sin duda sentía prisa por despedirles.

Los dos policías bajaron por la escalera, cruzaron ante la portería y salieron a la calle regresando junto a su automóvil. Pero en vez de subir a la máquina, Bill Rushford quedóse mirando pensativamente a la muestra del restaurante.

—Knudsen —dijo de pronto—. Va a quedarse usted aquí, vigilando la salida de la fábrica. No sé por qué me da en la nariz que la señorita Robbins conoce el escondite de Honig…, y creo que se ha enterado ahora, por teléfono. Honig debió llamar mientras nosotros estábamos allí. Apostaría a que la señorita Robbins va a

reunirse con su novio…, pero seguramente no lo hará antes de terminar su trabajo a las cinco de la tarde.

—A menos que su novio la llamara a su lado con carácter urgente y ella pidiera permiso para abandonar la oficina antes de la hora normal de salida —apuntó Knudsen.

—Aunque remota, es una posibilidad que debemos tener en cuenta. Le dejo el automóvil. Pero le enviaré enseguida otro auto equipado con radioteléfono para que podamos saber dónde se encuentra cuando siga al auto de *miss* Robbins. Creo que la señorita Robbins nos conducirá a algún lugar apartado bastante lejos de Jersey City. Si no me equivoco, el fiscal está ocultando a Honig para que no podamos interrogarle hasta que le llamen a comparecer como testigo.

Rushford se separó del sargento marchando a pie por la avenida hasta que encontró un taxi. Poco después se reunía con Marlon en el muelle de Jersey City y regresaban a Manhattan en el mismo taxi.

De nuevo en la subestación, Rushford ordenó el envío rápido de un auto equipado de radioteléfono.

En otro auto con el mismo ventajoso sistema de comunicación y acompañado por el inspector Marlon, Bill Rushford se dirigió a la oficina de Peter
O’Neil
en South Street.

La profesión tras la cual
O’Neil
enmascaraba sus siniestras actividades, era la de ferretero. Su tienda, que surtía a los buques de todos los artículos navales y accesorios, ocupaba toda la planta baja de un vetusto edificio de cinco pisos. El almacén tenía una escalera de madera que comunicaba interiormente con el despacho u oficina, pero también se llegaba a ésta por la escalera de acceso a los otros pisos, el segundo de los cuales se destinaba a pensión.
O’Neil,
cuyo lujoso tren de vida no correspondía a los modestos beneficios que obtenía vendiendo pintura de barco, cuerdas, poleas, redes y velas junto con otros mil artículos más, poseía una casa residencial en Riverside Drive.
O’Neil

jugaba también algo a la Bolsa, había apadrinado algunos boxeadores que prometían y apostaba a las carreras de caballos.

Dejando al inspector Marlon en el coche, Bill cruzó la calle y subió a las oficinas por la escalera de la calle.

O'Neil
tenía como contable a un tipo pálido y enfermizo llamado Macomb. Desde hacía tres meses, Maggie Tremley desempeñaba el puesto de mecanógrafa.

Era algo más de la una de la tarde y sobre una mesa se veía una botella de leche junto a un envoltorio grasiento, lo cual indicaba que al menos, uno de los empleados había tomado su almuerzo en la oficina en vez de salir en busca de una cafetería o un restaurante.

Maggie Tremley, el turgente busto, ceñido por un *sweater* negro de lana, levantó vivamente la cabeza al sonar la campanilla de la puerta. Al ver al policía, sus mejillas se tornaron ligeramente más pálidas.

—Buenas tardes. ¿No anda por aquí el jefe? —preguntó Bill.

La muchacha volvió la cara a otro lado, siendo Macomb quien contestó por ella:

—El señor
O'Neil
estuvo aquí esta mañana, pero se marchó y no aseguró que fuera a volver.

—De día en día va resultando un hombre cada vez más ocupado el granuja del señor
O'Neil
—dijo Rushford. Se hizo un embarazoso silencio y luego Bill dijo a Macomb—: Vaya abajo a echar un vistazo al almacén.

Macomb, en otro tiempo empleado de un Banco, recién salido de presidio, después de cumplir condena por desfalco, era pese a su historial, un timorato que se echaba a temblar apenas veía un uniforme de policía.

Macomb asintió y salió rápidamente de la oficina por la escalera que desde el despacho conducía al almacén.

Rushford se acercó a la mesa de Maggie Tremley junto a la ventana. Reclinando el hombro contra el quicio de la ventana, desde la cual podría ver cualquier seña que Marlon le hiciera desde el coche apareado enfrente, Bill extrajo del bolsillo su pipa y la

bolsa de tabaco. En silencio estuvo admirando el bello perfil de la muchacha mientras calmosamente procedía a atascar la pipa.

Maggie le volvió la espalda para poner una cuartilla *en* el carrete de la máquina y empezar a escribir velozmente.

En una sola línea, las palancas de los tipos de la máquina se amontonaron dos veces causando la exasperación de la violenta mecanógrafa. Rushford sonrió para sí.

—¿No se ha preguntado nunca por qué le dio
O'Neil
este empleo, siendo tan deficiente mecanógrafa?

La chica empujó furiosa la mesilla trasladable de la Máquina, hizo girar su butaca y se encaró, con Rushford. Por cierto, entonces tenía las mejillas arreboladas y las grises pupilas le brillaban, con lo cual le pareció a él todavía más hermosa.

—Se lo diré más claro, ya que al parecer se obstina en ignorarlo, señor Rushford. No quiero hablar con usted. Peor que eso, su sola presencia me pone nerviosa y el sonido de su voz me produce dolor de cabeza. Váyase y déjeme en paz de una vez.

—Me odia, ¿no es eso? Cree que yo maté a su hermano.
O'Neil
le contó un cuento de siniestros y perversos policías, persiguiendo a palizas a un pobre muchacho, cuya toda culpa era haber asesinado a un amigo llamado Cheney…

—¡Mentira, mi hermano no mató a Cheney! Bueno, quiero decir que no se proponía matarlo. Fue un accidente. Jim sólo quería castigar a Cheney por haber desoído su consejo de que se apartara de mí…

—Usted misma no cree lo que dice, *miss* Tremley. Sólo había salido un par de veces con Cheney, y creo que lo hizo más bien por piedad, porque era un pobre muchacho noqueado y arruinado física y moralmente por el uso de las drogas. No fue ésa la razón del accidente.
O'Neil
había ordenado la ejecución de Cheney por considerarle poco seguro, de la misma forma que ayer ordenó la ejecución de Jim porque había dejado de confiar en él.

—¡No, usted le mató! ¡Usted y ese brutal sargento Knudsen!

—Vamos, por favor. ¿Por qué no utiliza el cerebro, en vez de

obstinarse en un error falto de lógica? Míreme a la cara. ¿Soy un asesino? ¿Iba a ser tan imbécil que arruinara mi carrera arremetiendo a golpes contra su hermano… pegándole después un tiro en la nuca?

—Usted le pegó el tiro, eso es seguro. Sus Huellas dactilares están en la pistola de Jim.

Como un timbre repicó en el subconsciente de Rushford una llamada de alerta. Sus ojos relampaguearon.

—¿Cómo ha dicho?

—¡Sí, sus huellas estaban en la pistola de Jim! ¡No cabe duda que usted le mató! —repitió la muchacha a punto de echarse a llorar.

—¿Cómo ha sabido eso?

—O'Neil lo dijo esta mañana.

—Tiene usted mucha fe en todo lo que O'Neil le dice o le cuenta.

—Él es un hombre decente. Al menos lo ha sido en todo momento conmigo. En cambio, usted…, usted…

La rabia ahogó las palabras de la muchacha, que ocultó el rostro entre las manos. Cuando por el movimiento de sus hombros Bill comprendió que la muchacha lloraba, sintió dentro de sí una extraña ansiedad. Se despreció y casi llegó a sentirse realmente culpable.

—¿Por qué no quiere creerme? —protestó—. Yo no maté a Jim. En realidad, sería incapaz de causarle el menor daño a usted, aunque fuese a través de su hermano.

Ella de pronto apartó las manos y le miró con odio a través de sus lágrimas. Pero algo que vio en los ojos del policía hizo que se amortiguara el frío fuego de su mirada. También ella experimentó una profunda ansiedad, y luego sintió irritación porque temía que vacilaba en sus convicciones y su odio mortal contra aquel hombre.

—¡Váyase! ¡Oh, váyase y déjeme en paz de una vez! —exclamó. Y de nuevo le volvió la espalda.

Bill se apartó de la ventana dirigiéndose lentamente hacia la puerta. Ya estaba llegando a ésta, cuando de pronto se detuvo y se

volvió a mirarla.

—Dígame una cosa, *miss* Tremley. ¿Ayer, o quizá anteayer, le propuso
O'Neil
que fuera su mujer o su novia?

Ella le miró sobresaltada.

—¿Qué le importa eso?

—Me importa… acaso por más de una razón —repuso Bill con amargura, pues al hacer esta pregunta se había sentido de pronto acometido por la furia de los celos.

—No, no me hizo ninguna clase de proposición —contestó la joven. Él respiró aliviado.

—Gracias, eso era todo lo que quería saber.

Salió y tomó la escalera. Y aunque la negativa de Maggie Tremley echaba por el suelo su idea sobre la muerte de Jim, sintió que dentro de sí el corazón le brincaba de alegría.

Marlon le esperaba impaciente en el coche y saltó de éste para salir a su encuentro.

—Le llaman por radioteléfono desde Custom House. El superintendente Delanson quiere verle inmediatamente.

Aunque se preguntó para qué podía quererle el superintendente, Rushford no experimentó ninguna inquietud. Seguramente Delanson estaba impaciente por inquirir noticias, y él no se las había facilitado en todo el día.

Aunque el tiempo se había mantenido inseguro, no había vuelto a llover desde aquel mediodía, pero mientras marchaban hacia Bowlind Green empezó a lloviznar.

La lluvia seguía siendo menuda y copiosa cuando Rushford saltó del automóvil ante la Custom House, ordenando a Marlon que le esperase.

El día de nuevo se había tomado oscuro, razón por la cual había escasa luz en el frío despacho del superintendente. Al entrar Rushford, Delanson se retrepó *en* su sillón giratorio y jugueteó distraídamente con un lapicero mirándole gravemente.

—¿Dónde estuvo usted? No hemos tenido noticias suyas en todo el día.

—No tenía apenas nada que comunicarle. Fuimos esta mañana a visitar a Honig a su barcaza, pero no estaba allí. Estuvimos a

buscarle *en* la estación de policía, donde el *sheriff* Winter confirmó que había estado, pero ya se había marchado. No le creí. En mi opinión, el fiscal ha recluido a Honig en algún apartado retiro para que no le podamos interrogar antes que él lo haga comparecer *como* testigo.

—Sí, es posible. Merrivale se ha tomado *muy* en serio el propósito de encausarles a usted y al sargento Knudsen por el asesinato de Jim Tremley.

—Ese Merrivale es un imbécil.

—No lo crea. Es ambicioso y tiene bases sobre las que fundamentar su acusación. Merrivale asegura haber identificado las huellas dactilares de usted en el cañón del arma que según los peritos causó la muerte a Tremley.

—Pura invención. Ni Merrivale ni nadie pueden demostrar que haya impresiones digitales mías en esa pistola. Eso es impos…

Rushford se interrumpió palideciendo.

—¿Decía usted? —interrogó Delanson.

—¡Maldición! —exclamó Bill—. Ahora recuerdo que el arma estuvo en mi poder. Yo mismo fui a devolvérsela a Tremley después que le dejaron en libertad. ¡Pero las huellas que yo dejé son anteriores con mucho a la fecha en que esa misma pistola fue utilizada para asesinar a Jim!

—Las huellas no pueden declarar su edad. Sobre todo, si alguien se ha preocupado de conservarlas intactas hasta el momento previsto para servirse de ellas. —Delanson hizo una pausa—. Rushford, temo que esto vaya a empeorar terriblemente las cosas para usted.

—¡Pero este estúpido fiscal!… ¿Cómo no se de cuenta de que le han tendido una trampa? —exclamó Bill, indignado.

—Antes que el fiscal, usted mordió el anzuelo. Siempre creímos que Tremley se proponía traicionar a
O’Neil,
pero quizá tengamos que reconsiderar cada aspecto de la cuestión desde un nuevo punto de partida. ¿Está seguro que fue el propio Tremley quien le telefoneó?

—Creí que era él.

—Pudo serlo, en efecto.
O’Neil

le había condenado a muerte en secreto, y por lo tanto el propio Tremley pudo ir por su propio pie a meterse en la trampa que creía destinada a otro.

—Sí, ahora lo veo claro. O’Neil debió decirle a Tremley: «Tenemos que librarnos de Rushford. Tú le llamarás por teléfono diciéndole que estás dispuesto a firmar una nueva declaración. Deberá venir solo o a lo sumo acompañado por el sargento Knudsen. Cuando pongan pie en la gabarra les barreremos con una ráfaga de “metralleta” y asunto concluido». Tremley era bastante idiota para no preguntarse si tan tosca trampa podría dar resultado. Efectuó la llamada, acompañó a O’Neil a la gabarra y allí le mataron. Eso fue lo que ocurrió.

—Con el agravante que, al librarse de Tremley, O’Neil dispuso astutamente las cosas para que los asesinos parecieran usted y el sargento Knudsen. Sorprende ver cómo un plan tan amanerado llegó a tener buen éxito.

—El éxito de O’Neil, consistió en saber poner el cebo adecuado. Sabía que andábamos detrás de una confesión de Tremley…, y sabía que en el concepto que teníamos a Tremley, no nos sorprendería demasiado que éste se anunciase dispuesto a confesar.

—Sea como fuere, es demasiado tarde para lamentarnos de nuestros errores —repuso el superintendente haciendo un movimiento con la mano.

Y los dos hombres quedaron silenciosos y pensativos.

El cielo se iba ensombreciendo y la lluvia, empujada por el viento, azotaba los cristales de la ventana a espaldas del superintendente Delanson.

Al abandonar poco después el edificio, Bill Rushford se sentía realmente preocupado. En la calle, bajo la lluvia, se reunió con el inspector Marlon en el nuevo automóvil equipado de radioteléfono.

—Vamos a la subestación.

La lluvia arreció mientras bajaban en dirección al muelle. Bill descolgó el teléfono para comunicar con la estación de radio de la

policía.

—¿Hay noticias del sargento Knudsen? —preguntó cuándo hubo establecido comunicación.

—Ninguna. Pero el teniente Cohen acaba de comunicar que ha localizado la barcaza donde vive el guardián del varadero en Constable Hook, en el extremo meridional de Bayonne. La barcaza tiene por nombre «Natty», y está amarrada junto al dique seco. Cohen pregunta qué debe hacer.

—Nada. Yo me dirijo ahora mismo hacia allá.

Devolviendo el teléfono a su soporte, Bill extrajo del cofre de los guantes un gran mapa de Nueva York que comprendía toda la bahía alta y baja, y alrededores. Calculó la distancia y consultó la hora. Entonces comprendió que por lo avanzado de la hora, el viejo guarda del varadero debería encontrarse ya en camino para llegar a su puesto de trabajo antes de las cinco.

—Creo que será mejor ir al varadero y esperar allí al hombre —confió a Marlon.

CAPÍTULO VI

El auto fue a detenerse ante la verja del varadero. El viento y la lluvia habían obligado a los obreros a abandonar el trabajo, reuniéndose en torno a una fogata bajo el cobertizo de zinc.

Mark Sanders tardó todavía media hora. Cuando le vieron llegar envuelto en su impermeable, cojeando ligeramente, en la mano la cajita de la comida, Rushford le adivinó y salió a su encuentro.

—¿Es usted el guardián nocturno del varadero? Soy el capitán Rushford de la Policía de Aduanas.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó Sanders intimidado, mirando de Rushford a Marlon y al negro coche policial.

—Sólo hacerle unas preguntas. ¿Quiere que subamos al auto? Ahí estaremos más calientes y al resguardo de la lluvia.

Sanders subió al auto, dejándose caer pesadamente en el mullido asiento. Bill tomó asiento a su lado y cerró la portezuela, mientras desde el varadero los obreros que estaban junto a la fogata les miraban un poco extrañados.

—¿Cuál es su nombre? —interrogó Rushford echando mano de su cuaderno de apuntes.

—Mark Sanders.

—¿Presta usted sus servicios como guardián en este varadero? ¿Desde cuánto tiempo?

—Desde hace algo más de un año. Antes ayudaba a mi yerno en los trabajos propios de la barcaza, pero era demasiado pesado para mí. Soy mutilado de la Primera Guerra Mundial. Tengo una pequeña pensión y me ayudo con lo que gano como vigilante nocturno.

—¿A qué hora suele usted hacerse cargo de su turno?

—A las cinco, en cuanto terminan los obreros. Entonces cierro la

verja y comienza mi trabajo.

—¿Ayer fue un día como los demás en lo que respecta a sus costumbres? Quiero decir si llegó antes de las cuatro y cerró a las cinco como siempre.

—Ayer vine un poco más temprano. Llovía, y ya se sabe que cuando llueve, las comunicaciones se ponen imposibles.

Rushford señaló con el dedo la gabarra que se veía a través de la verja, un poco separada del muelle en el río.

—¿Había visto alguna otra vea antes de ahora aquella barcaza?

—Muchas veces. Es la gabarra de Tony Honig. Buen muchacho. A menos que esté trabajando en otra parte del puerto, siempre la trae a amarrar aquí.

—¿Recuerda si la gabarra de Honig se encontraba ayer tarde en ese mismo sitio?

—Si, lo estaba. ¿Por qué lo pregunta? Ustedes deben saber que estaba aquí. Anoche mataron a un hombre a bordo de esa gabarra. Lo dijeron los periódicos esta mañana.

—Estos lugares quedan un poco solitarios después que cierran el varadero y se marchan los trabajadores, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Advirtió usted algún movimiento inusitado de autos y personas ayer tarde, después de las cinco y entre esta hora y las siete?

—Nada anormal.

—¿Qué ocurrió, dentro de lo que pudiéramos llamar capítulo de sucesos normales?

—Pues nada.

—¿Cómo es posible? Veamos el caso de la radio. ¿Era completamente normal que Honig tuviera, puesto su receptor de radio a toda marcha?

—¡Ah, la radio! —exclamó el vigilante como quien cae en un detalle ya olvidado—. Sí, la radio de Honig iba a toda marcha. Según dijeron los periódicos, para que con aquel estrépito no pudieran oírse los gritos que daba Tremley cuando le golpeaban. Por cierto, ahora que caigo en ello, usted dijo llamarse…

—Procura contestar escuetamente a mis preguntas, señor Sanders. La radio de Honig estaba a todo volumen. ¿Era eso normal?

—No. A veces Honig ponía la radio un poco fuerte, pero a mí no me molestaba. Me distraía.

—¿Cuándo empezó a chillar la radio de ese modo?

—Deberían ser sobre las seis de la tarde, poco antes que llegara la señorita Robbins en su auto.

—¡Ah! Creí que ningún auto se había acercado a este rincón del muelle desde las cinco a las siete —apuntó Rushford incisivamente.

—Sí, la novia de Honig vino a buscarla alrededor de las seis. Se marcharon casi enseguida.

—¿Para entonces ya sonaba fuerte la radio?

—Desde unos minutos antes.

—¿Desde las seis menos diez o menos quince, por ejemplo?

—Sí, poco más o menos.

—¿Honig se fue con su novia apenas ésta llegó en su auto? ¿No le extrañó que Honig se marchara dejando la radio funcionando a todo volumen?

—No me di cuenta hasta después que el auto se hubo marchado. Pero entonces era demasiado tarde. Honig y su novia ya no podían oírme.

—¿Vio usted a Honig y su novia? ¿A ellos dos? ¿Y a nadie más?

—No. Bueno, a decir verdad tampoco les vi a ellos. Supuse que estaban allí. El auto al menos era el de la señorita Robbins.

—Ayer llovió a esa hora y anocheció muy temprano. A las seis de la tarde debía quedar muy poca o ninguna luz del día en el muelle. Esta zona está muy mal iluminada. ¿Cómo supo que se trataba del coche de la señorita Robbins y no de otro auto cualquiera? ¿Lo reconoció por *la* forma? ¿Por el ruido del motor? ¿Por la bocina eléctrica?

—No. Lo reconocí por los faros. La señorita Robbins tiene un auto de modelo antiguo.

Desde hace tiempo lleva un faro que de la luz blanca, y el otro amarilla.

—O sea, que usted no vio a los ocupantes del auto. Vio los focos del coche cuando se acercaba, lo vio detenido y poco después arrancar de nuevo. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí, exactamente. Por cierto, el ruido del motor era el característico del viejo trasto de la señorita. Robbins —afirmó el hombre, amoscado.

—¿Y ése fue el único auto que usted vio? ¿Ninguno más vino a este ángulo del muelle hasta que a las siete llegaron los coches de la policía?

—Ninguno. O si vino, yo no lo vi.

Rushford se inclinó para garabatear algunas notas rápidas en su libreta. Sonó el zumbido característico del avisador del radioteléfono.

Rushford consultó la hora de su reloj mientras Marlon levantaba el aparato y aplicaba el auricular a su oído. Eran las cinco y cinco minutos.

—Es el sargento Knudsen —dijo Marlon, tendiendo el aparato por encima del respaldo del asiento delantero.

Rushford aplicó el aparato a su oído. Inmediatamente escuchó la voz del sargento Knudsen.

—¿Halló? Soy Knudsen.

—Sí.

—La señorita Robbins acaba de salir de la fábrica. Ha montado en su auto y la estoy siguiendo por la carretera siete de Hobboken a Belleville.

—Seguramente se dirige a su casa. ¿Ha averiguado usted dónde tiene su domicilio la señorita Robbins?

—Si, lo averigüé. Ella vive en la Avenida Flatbush, en Brooklyn.

—¡En Brooklyn! ¿Y se dirige a Belleville?

—En dirección completamente opuesta, eso es.

—Entonces no cabe duda que va al encuentro de Honig. Nuestras sospechas eran ciertas.

—Bueno, eso al menos es lo que parece —repuso Knudsen con escepticismo.

—No la pierda de vista ni un solo momento, Knudsen. Y no deje de comunicar por radio por si cambiara de dirección. Vamos hacia allá inmediatamente.

Rushford devolvió el teléfono a Marlon, haciendo una seña al viejo Sanders invitándole a apearse.

—Es su hora de cerrar la verja, señor Sanders. Muchas gracias por todo.

El guardián se apeó refunfuñando. El auto arrancó casi enseguida, casi sin dar tiempo a Sanders a poner sus dos pies sobre el húmedo asfalto.

* * *

Había dejado de llover. Por el Holland Tunnel, una doble fila de vehículos llegaba desde Manhattan, cruzándose con otra doble columna de autos que desde Hobboken se dirigía hacia el paso subterráneo bajo el río. Anochecía con rapidez y Rushford se sintió lleno de impaciencia al tener que moderar el auto la marcha para formar en la apretada avenida de vehículos.

—Haga sonar la sirena, Marlon. De otra forma no saldremos nunca de este atasco y no podremos localizar el auto de Knudsen en la carretera con la oscuridad.

La situación mejoró cuando al sonar la sirena los autos que les precedían empezaron a apartarse hacia la derecha. En dos cruces donde las luces del semáforo cerraban el paso, ganaron unos minutos para alcanzar de nuevo a los autos que les precedían a distancia. Después de pasar el puente sobre Hockensack River, la Belleville Turnpike se les ofreció ancha y recta con su firme especial, como invitándoles a correr.

Marlon pisó el acelerador a fondo, avisando con la sirena a cada uno de los coches que adelantaban y dejaban atrás. Después de cruzar por debajo la Turnpike de Nueva Jersey establecieron de nuevo contacto con el sargento Knudsen.

—Cruzamos Belleville. La Robbins ha tomado varias calles a izquierda y derecha y ahora vamos por Broadway Street hacia el sur. Temo que se haya dado cuenta que la sigo. Su coche no corre mucho. Si pudieran alcanzamos y relevarme a su zaga, eso la tranquilizaría.

—Vamos hacia allá a todo lo que de el motor —comunicó Rushford. Miró afuera a través del cristal—. De todos modos temo que no logremos reunimos con ustedes antes que oscurezca. Pasaremos por su lado haciendo sonar la sirena. Comunique en ese momento para que sepamos cuál es el coche de la señorita Robbins. Seguiremos un trecho adelante y después la esperaremos para seguirla de cerca. ¿Cuál es su matrícula?

—Nueva York; nueve, letra «be», tres mil once. Es un cupé gris alba, modelo del cincuenta y seis.

—Vamos a desviamos por Kearny Avenue para evitar Belleville y ganar tiempo. No la pierda de vista bajo ningún pretexto.

—O. K. —gruñó Knudsen. Y cortó la comunicación.

El auto chirrió sobre el asfalto al tomar Marlon a toda velocidad una curva para abandonar la Turnpike. De nuevo empezó a llover mientras rodaban por Kearny Avenue. Marlon levantó ligeramente el pie del acelerador.

—Siga como iba —le ordenó Rushford, secamente.

—El firme no es muy bueno, y el piso está mojado.

—Siga como iba —repitió Rushford—. Si no se siente seguro me cede a mí el volante.

Como cualquier otro hubiera hecho en su lugar, Marlon prefirió apretar el acelerador a fondo, inclinándose sobre el volante para mirar a la carretera a través del cristal empañado por la lluvia.

Dos millas más adelante, el sargento Knudsen volvió a comunicar.

—Torcemos a la derecha y tomamos la carretera de Orange. ¿Dónde están ustedes?

—Vamos hacia Harrison, a menos de tres millas de ustedes.

—La Robbins pisa ahora el acelerador a fondo. No cabe duda que se ha dado cuenta que la sigo.

—No tardaremos en alcanzarles. Continúe en su puesto.

Desde Harrison a Broadway Street anocheció por completo. El piso estaba sumamente resbaladizo, notándose cierto zigzagueo en la trasera del coche.

—Cuidado —advirtió Bill, cuando Marlon doblaba a la izquierda para tomar la carretera de Orange.

El auto derrapó peligrosamente hacia la cuneta, donde las llantas volvieron a adherirse a la calzada y Marlon pudo recobrar el control sobre la máquina.

Haciendo aullar la sirena, el auto siguió adelantando vehículos en desenfrenada carrera contra reloj. Rushford estableció de nuevo contacto con Knudsen.

—Cruzamos East Orange y seguimos adelante —informó Knudsen en respuesta a la pregunta de Rushford—. Sigo detrás de la mujer. Sus llantas deben estar muy gastadas. Veo zigzaguear su coche. Atención, estamos ante el poste indicador de West Orange. Tuerce a la izquierda…

¿Dónde demonios acabará por llevarnos esta buena señora?

—Siga tras ella, Knudsen. Ya casi la tenemos. Cuando escuche

nuestra sirena, avísenos.

Aprovechando las dos últimas millas de recta, Marlon lanzó el auto como un bólido por el mojado asfalto. Knudsen comunicó.

—Reduce la marcha. Cambiamos de firme. La carretera es ahora más estrecha y sinuosa.

Ante los faros del automóvil de Bill brilló un cartel fluorescente. Más lejos advirtió las luces de los semáforos y los anuncios de neón de unas cuantas cafeterías y escaparates junto a la carretera.

—East Orange —anunció Bill—. Marlon, haga sonar la sirena.

Precedido por el ululante alarido de la sirena, el coche se lanzó osadamente sobre la concentración de tráfico de un importante cruce de calles. A su paso, Bill escuchó los pitos de los guardias de tráfico. Un auto surgió por la derecha y se detuvo inoportunamente en medio de la calle.

—¡Cuidado!

Marlon desvió el auto a la izquierda, no sin que pasara tan cerca del otro vehículo que Bill escuchó perfectamente el rasgar de la plancha cuando su coche se llevó todo el parachoques del otro automóvil.

Por efectos de la inercia, el auto policial derrapó sobre el mojado asfalto contra otros autos estacionados en dirección contraria.

Fue puro milagro que Marlon lograra recobrar el dominio de la máquina, y ésta no se estrellara formando trágico montón de hierros retorcidos contra los autos aparcados a lo largo de la acera.

Como una exhalación cruzaron otros semáforos haciendo sonar desaforadamente la sirena. Cinematógrafos, cafeterías, establecimientos comerciales y estaciones de gasolina pasaron como ráfagas luminosas a uno y otro lado del veloz auto. Y de nuevo un cartel de caracteres fluorescentes: «West Orange».

Al final de la recta, Marlon tuvo que aplicar enérgicamente los frenos arrancando espeluznantes chirridos del asfalto para doblar a la izquierda. Era el lugar donde la carretera cambiaba de firme y se hacía más estrecha. Knudsen y la señorita Robbins debían andar cerca.

Bill comunicó a Knudsen:

—Atención, Knudsen. Pronto escuchará nuestra sirena. Indique el momento en que pasamos por su lado.

Después de West Orange el camino serpenteaba entre colinas cubiertas de verdor. La ruta seguía iluminada por focos a trechos regulares, aunque eran pocas las casas en aquella zona en vías de urbanización. La velocidad del coche policial disminuyó bastante, debido a que ni el trazado de la carretera ni el pavimento permitían excesos en este sentido.

Poco después veían las luces rojas de la zaguera de un coche.

—Knudsen. ¿Lleva algún auto detrás del suyo? —preguntó Bill.

—Sí, desde hace rato.

—¿Oye nuestra sirena?

—La oigo muy cerca.

—Vamos a adelantar.

Marlon accionó las luces largas y cortas para avisar al otro auto de que se disponía a adelantarle. El coche policial estaba casi encima del otro cuando, bruscamente, aquél hizo parpadear su intermitente de la izquierda iniciando a su vez el adelantamiento.

—¡Ese tipo está loco! —rugió Marlon mientras soltaba el acelerador y frenaba para no ir contra la zaguera del auto que se le cruzaba por delante.

Rushford leyó la matrícula del coche predecesor y la apuntó en su memoria para hacer pagar cara a aquel conductor su imprudencia y su falta de respeto a la ley.

El auto, después de adelantar al coche de Knudsen, siguió a contramano para adelantar al cupé gris anticuado de Scheldt Robbins, en un lugar donde la línea blanca del centro de la calzada indicaba bien claro la prohibición de adelantar.

En efecto, los cuatro coches habían entrado en una curva bastante amplia, teniendo a su derecha una fuerte malla de acero, sostenida por postes pintados con pintura fluorescente roja.

Marlon volvió a pisar el acelerador para adelantar a su vez a Knudsen. En ese momento fue cuando Rushford vio la absurda maniobra del coche predecesor, el cual había iniciado el adelantamiento del auto de la Robbins, aunque sin concluirlo.

Por espacio de quince segundos, los cuatro marcharon emparejados de dos en dos, hasta que bruscamente el criminal loco del auto desconocido se desvió a la derecha lanzando su vehículo contra el coche de la señorita Robbins.

El accidente se produjo entonces con la fugacidad eléctrica de

un relámpago. El cupé gris de Scheldt Robbins fue empujado fuera de la calzada contra la red metálica. Saltaron los postes rojos, el auto se fue contra la valla, la hundió y saltó sobre ella precipitándose por un largo talud sembrado de tocones, en los cuales fue pegando hasta detenerse medio destrozado.

Marlon aplicó los frenos al auto con tanta violencia que Bill casi se estrelló contra el cristal parabrisas. Knudsen rodó unos metros más y se detuvo también, mientras el coche autor de la catástrofe aceleraba y se alejaba a toda velocidad.

Rushford empujó la portezuela, saltó a la calzada y corrió hacia el lugar donde el auto de Scheldt Robbins había hundido la valla, saliendo de la carretera.

Knudsen también se apeó y corrió a reunirse con Rushford.

—Vamos —dijo Bill brevemente. Y descolgándose por la tumbada red, echó a correr ladera abajo.

El cupé gris había rodado casi cincuenta yardas, saltando sobre los tocones y se había detenido medio encaramado a uno de éstos. Toda la parte delantera aparecía doblada y desgarrada. Los cristales habían saltado y una de las portezuelas estaba abierta. Pero por una de esas casualidades que frecuentemente se dan en toda clase de accidentes automovilísticos, los faros seguían dando luz.

A favor de esta luz, bajo la lluvia, los dos policías llegaron sobre el resbaladizo terreno hasta el coche.

Una mujer, en el interior del destrozado vehículo, estaba atrapada entre el volante y el asiento. Era Scheldt Robbins. La columna del volante le había atravesado el pecho hundiéndole las costillas. Rushford buscó la muñeca de la mujer, tomándole el pulso.

—Ha muerto —anunció con voz grave.

Se apartó para dar la vuelta al auto y examinar el vehículo por la parte frontal. Uno de los faros daba luz blanca, y el otro amarilla.

Marlon llegó dando resbalones y se detuvo junto al destrozado automóvil. Arriba, en la carretera, dos autos se acababan de detener a continuación de los dos coches policiales y sus ocupantes se apeaban para asomar a la curva. Una voz gritó.

—¿Necesitan ayuda?

Marlon miró a Rushford interrogante.

—Dígales que circulen. La señorita Robbins ya no necesita

ninguna clase de ayuda —fue la seca respuesta de Rushford.

CAPÍTULO VII

El timbre del teléfono despertó a Bill Rushford a las dos de la madrugada, cuando un gran aguacero acompañado de truenos y relámpagos, se desplomaba sobre la ciudad.

El teniente Cohen, que había quedado encargado de las investigaciones, era quien informaba:

—La policía de tráfico ha encontrado el coche abandonado en los alrededores de Monclair, Nueva Jersey. El auto había sido robado esta tarde a un tal John Lynbrook, vecino de Nueva York.

—¿Qué hay de Tony Honig? —preguntó Bill.

—Seguimos buscando en todos los moteles, paradores donde alquilan habitaciones y hoteles de las ciudades de la periferia, aunque sin ningún resultado hasta ahora. La verdad es que ni el tiempo ni la hora son propicios para ir llamando puertas y haciendo preguntas.

—Sigan buscando de todos modos —repuso Bill secamente. Y colgó el teléfono volviendo a dejarse caer en la cama.

A través de las hojas de las persianas entraba el lívido resplandor de los relámpagos. A Bill siempre le habían gustado las tormentas, aunque en esta ocasión consideraba que ya bastaba de lluvia y de viento.

El mal tiempo entorpecía también la marcha de sus investigaciones, encaminadas a dar con el paradero de Tony Honig.

Encendiendo un cigarrillo, Bill fumó en la oscuridad echado en la cama. Sentíase cansado y descorazonado. Había esperado que Scheldt Robbins les conduciría hasta el lugar donde Honig se escondía, y en la forma brutal y dramática que quedó interrumpida la carrera de la mujer veía la mano asesina de
O’Neil.

Varias interrogantes daban vueltas en su cabeza sin encontrar para ellas la respuesta satisfactoria. En gran parte, aquel estúpido *sheriff* Winter tenía la culpa de cuanto estaba sucediendo. A Bill le hubiera gustado saber al menos si Honig estaba escondido por consejo de Merrivale o bien por razones propias muy personales.

Ni Merrivale ni Winter habían querido contestar a esta pregunta.

Bill creía que el fiscal había aconsejado la desaparición de Honig. Sin embargo, esta teoría no estaba de acuerdo con los últimos trágicos sucesos de aquella noche.

Suponiendo que Honig supiera algo de decisivo interés para alguien, lo que Honig conocía habría de ser forzosamente perjudicial para Peter
O'Neil.

Tal vez —se dijo Bill siguiendo el hilo de sus razonamientos lógicos— el fiscal de Jersey City estuviera preparando un golpe teatral. No contra él, sino contra
O'Neil.
Era posible, incluso, que Merrivale resultara ser más listo de lo que todos creían, y simulando estar cerrando el cepo alrededor de aquellos que parecían primero sospechosos, lo que hacía en realidad era servirse de él y del sargento Knudsen como una cortina de humo, detrás de la cual hacía el nudo corredizo que se cerraría sobre la garganta de
O'Neil.

Para Rushford al menos, no había duda en cuanto al significado de los últimos acontecimientos. Scheldt Robbins sabía algo, algo que podía significar la perdición de
O'Neil.
Y por esta razón
O'Neil
había ordenado su ejecución.

Probar que
O'Neil
tuvo que ver con la muerte de Scheldt Robbins quizá fuera más difícil que demostrar la culpabilidad del mismo en el caso por asesinato de Jim Tremley. Sin embargo, Bill estaba seguro a este respecto.
O'Neil

envió a sus pistoleros para que provocasen el accidente en el cual Scheldt Robbins perdería la vida. Por qué lo hizo, esto era lo que Rushford hubiese dado cualquier cosa por saber.

Después de aplastar los restos del cigarrillo en el cenicero, Bill todavía permaneció largo rato despierto, dando vueltas en su cabeza al asunto. Hasta que finalmente quedó dormido.

A las nueve de la mañana estaba leyendo el periódico mientras tomaba a pequeños sorbos una taza de café.

El éxito editorial del reportaje firmado por Abel Snyder, el día anterior, había animado al director del periódico a destacar en primera plana el interés de la encuesta que iba a celebrarse aquella mañana en la City Courthouse de Jersey City.

Las pruebas encontradas, según Snyder, demostraban casi sin lugar a dudas que el capitán William Rushford había matado a Jim Tremley en un momento de irreflexiva furia. Rushford —añadía— era un hombre temperamentalmente inadecuado para la profesión que ejercía. Su fracaso en su intento por arrancar a Tremley una confesión, las críticas que por el trato brutal aplicado al detenido Tremley había recibido, y por último la paliza que Jim Tremley públicamente le propinó… todo esto en suma había provocado una reacción violenta en Rushford, el cual según parecía, había citado a Tremley a bordo de una gabarra anclada en un lugar solitario del puerto para vengarse en él por todos sus fracasos, y las censuras recibidas de sus superiores y la opinión pública…

Apartando furioso el periódico, Rushford entré en el cuarto de baño para ducharse y afeitarse.

A las diez, completamente vestido y acicalado, iba al garaje en busca de su automóvil. Fue primeramente a su despacho del edifico del Resguardo del muelle. Cansado, ojeroso, el rostro sombreado por la barba, el teniente Cohen lo estaba esperando para rendirle informe completo de sus pesquisas.

—Respecto al automóvil que se utilizó para lanzar a la señorita Robbins fuera de la carretera, no cabe duda que su dueño es una persona honorable, sin relación con los sujetos que perpetraron el crimen. Unas horas antes del accidente, él había denunciado el robo del automóvil.

Rushford admitió esta explicación por satisfactoria.

Entraba dentro de los métodos consagrados por los *gangsters*

utilizar automóviles robados para llevar a cabo sus fechorías.

—En cuanto a Honig —terminó diciendo Cohen— siento decirle que no encontramos rastro de él, ni vivo, ni muerto.

—Ya no es necesario que le busquen más. Honig comparecerá dentro de una hora ante el juez durante la encuesta que se va a celebrar. Por lo tanto puede ordenar a sus hombres que regresen y se tomen un descanso.

Eran las once de la mañana. Bill tenía que asistir a la encuesta, pero antes deseaba hacer una diligencia, inexplicablemente olvidaba la tarde anterior.

Sonó el teléfono. Era el superintendente Delanson.

—¿Rushford?

—Sí.

—Le supongo dispuesto para comparecer en la encuesta.

—No me la perdería por nada del mundo.

—Yo tampoco. Nos veremos allí —dijo Delanson. Y colgó.

Al salir de su despacho, Rushford se encontró con el sargento Knudsen.

—Acompáñeme, Knudsen.

Salieron a la calle, tomando el automóvil que Bill había dejado en la zona reservada de aparcamiento. El día, que había amanecido sombrío como los anteriores, tendía a mejorar. El sol pugnaba por abrirse paso a través de la niebla, en la cual permanecía oculta la alta cúpula del Empire State, con su antena de televisión.

—¿Vamos a esa dichosa encuesta? —preguntó Knudsen cuando Bill ponía el auto en marcha.

—Sí. ¿Preocupado?

—¡Hum!

Se mantuvieron en silencio un rato. Hasta que al entrar en Broome Street Knudsen dijo:

—¿Sabe? Unos tipos estuvieron importunándome toda la noche.

—¿Qué querían?

—Eran viejos amigos, en su mayoría… ratas de muelle a quienes les gustaría verme condenado bajo acusación de asesinato. Pero también llamó una señora… una señora anciana por lo que parecía, la cual me insultó por mi manifiesta brutalidad en el caso Tremley y dijo que le agradaría extraordinariamente verme sentado a la silla eléctrica.

—No se preocupe, Knudsen. No ocurrirá nada de eso.

De nuevo guardaron silencio mientras recorrían el túnel bajo el río. Al surgir de nuevo a la luz del día en Nueva Jersey, Bill confió a Knudsen:

—La señorita Robbins declaró ayer que había ido a reunirse con Honig en una cafetería próxima al muelle la tarde del martes. Puesto que fuimos tan torpes que no le preguntamos el nombre de esa cafetería, vamos a perder un poco de nuestro tiempo buscando ese lugar.

Eran casi las once y treinta minutos.

Hasta las once y cuarenta y nueve no dieron con el lugar que, según el dueño aseguró, solía ser frecuentado por Honig cuando iba a reunirse con la señorita Robbins.

Sobre el mostrador del bar, a estas horas casi desierto, había desplegado un periódico por la hoja donde brevemente se daba la noticia de la muerte de Scheldt Robbins en un accidente de automóvil. El dueño de la cafetería, un sujeto calvo y rechoncho que se envolvía en un gran delantal blanco, dijo señalando la fotografía del periódico:

—¡Pobre muchacha! Sí, aquí venía a encontrarse con Honig muchas tardes. No era guapa, y a veces nos burlábamos de Honig porque ella tenía unos años más que él. Pero era una buena chica y todos la apreciábamos.

—¿Recuerda usted si la Robbins y Honig vinieron a encontrarse aquí después de las cinco de la tarde del martes? —preguntó Bill.

—Creo recordar que les vi, pero no estoy muy seguro. Mi hija Molly lo sabrá, quizá ¡Molly! —llamó el barman.

Acudió una muchacha de pelo teñido, alta y robusta. Su padre le repitió la pregunta de Rushford.

—¿Fue el martes cuando llovió, no es cierto? Sí, recuerdo que Tony estuvo sentado en su mesa de costumbre esperando a la señorita Robbins y me preguntó por las películas que hacían en el «Covenant». Era una tarde lluviosa y gris muy apropiada para irse al cine, ahora me acuerdo que dije algo de eso a Tony.

—¿Vino la señorita Robbins a reunirse con él?

—Sí. Y de bastante mal humor. Su auto había tenido una pequeña avería en el camino. La señorita Robbins venía con las ropas mojadas y los pies empapados. Le serví un café doble cargado

de coñac. Se marcharon enseguida que ella tomó su café.

—¿A qué hora aproximadamente?

—No podría decirle. La señorita Robbins siempre solía venir hacia las cinco y cuarto, a menos que se retrasase por culpa de alguna «panne» en su viejo auto, lo cual ocurría con bastante frecuencia. Serían tal vez las cinco y media cuando llegó, no lo sé seguro. Las tardes de lluvia tenemos mucho público y el local estaba lleno…

—En definitiva, es posible que fueran alrededor de las cinco cuarenta y cinco o cincuenta minutos cuando Honig y su novia se marcharon.

—Sí. Ya le digo que el local estaba lleno de gente y yo estaba muy atareada.

—Gracias, es suficiente.

Despidiéndose, Rushford salió de la cafetería seguido del sargento Knudsen. Eran las doce y tres minutos en el reloj del cuadro del automóvil.

—Llegaremos con retraso a la encuesta —dijo Rushford.

Rápidamente se dirigieron en el automóvil al centro de la ciudad. Había gran número de autos estacionados ante la Courthouse, hasta el punto que no encontraron espacio para aparcar.

—Llévese el coche y busque dónde estacionarlo —ordenó a Knudsen apeándose.

Entró en la Courthouse. Para llegar a la sala donde tenía lugar la encuesta hubo de abrirse paso con los codos, escuchando las protestas del numeroso público que se apiñaba estirando los cuellos para ver lo que sucedía.

En la puerta de la sala, cuatro policías formaban cordón conteniendo la avalancha del público que empujaba por detrás del corredor. Por lo menos dos de los agentes reconocieron a Rushford y le dejaron pasar.

La sala estaba llena de público que ocupaba los bancos de bote en bote, a pesar de lo cual, reinaba el silencio. Merrivale estaba interrogando al forense, o más bien terminaba su interrogatorio por lo que Rushford pudo oír.

—Así pues —dijo el fiscal al médico forense— podemos resumir el informe forense en estos puntos esenciales. La muerte de Jim

Tremley le fue producida a éste por un disparo con salida de bala en la región temporal izquierda. No se apreciaron quemaduras en el pelo de la víctima por lo que se puede estimar que el disparo fue hecho a una distancia regular, pongamos de un metro, probablemente cuando Tremley yacía desvanecido de bruces en el piso. No hubo suicidio según se desprende de la posición de la herida y la distancia a la que fue disparado el revólver. La víctima presentaba numerosas heridas contusas en diversas partes del cuerpo, y principalmente en la cara, de lo que el informe fiscal deduce que Tremley fue duramente golpeado con los puños por una o más personas, que además utilizaron para castigarle una porra y probablemente el cañón de una pistola u otro objeto duro y contundente. ¿Es así, señor Linderman?

—Sí, señor —repuso el forense con firmeza.

—Eso es todo, muchas gracias.

Mientras el forense abandonaba el palco y era llamado el testigo siguiente, Rushford paseó su vista por el local. Vio a Maggie Tremley en uno de los primeros bancos, sentada junto a Peter
O'Neil
que vestía un elegante temo gris claro y apoyaba sus cruzadas manos en el puño de oro de un bastón. También vio a Tony Honig junto al *sheriff* y entre éste y un detective.

Winter fue llamado por Merrivale a ocupar el banquillo de los testigos.

Después de establecer que se llamaba Robert Winter y desempeñaba el cargo de *sheriff*, el engreído personaje declaró:

Que había acudido a los muelles, personándose en la gabarra propiedad de un tal Tony Honig, después de una llamada telefónica del sargento Knudsen en la que éste dijo haber encontrado el cadáver de un hombre en la susodicha gabarra.

Pasando a bordo de la embarcación, lo cual hizo acompañado de tres de sus agentes (aquí citó sus nombres), encontró al capitán William Rushford, oficial del Gobierno de la policía del Resguardo del puerto de Nueva York, el cual le mostró el cadáver de un hombre tendido de bruces *en* el piso de la camareta. El forense doctor Linderman acudió minutos después.

Continuó diciendo Winter que inmediatamente se hizo cargo de la situación. Describió la camareta, el desorden que reinaba en ésta

y la posición que ocupaba el cadáver, todo lo cual acompañó con fotografías que le fueron pasadas al juez. Fue su impresión que la camareta había sido escenario de una violenta lucha, y recogió un revólver
«Smith & Weson»
calibre 40, que envuelto en algodón pasó al laboratorio de la policía. El cadáver parecía haber sido golpeado brutalmente, tenía las ropas desgarradas y en desorden y presentaba en la nuca una herida de bala que al parecer le había causado la muerte instantánea.

Merrivale se acercó al *sheriff* mostrándole una pistola de la cual pendía una etiqueta.

—Sí, ésta era la pistola —declaró Winter tras un examen superficial del arma.

Preguntando sobre qué medidas había adoptado respecto al esclarecimiento del crimen, el *sheriff* dijo haber llamado al forense, a los fotógrafos de la policía y el equipo del laboratorio antropométrico. Además de esto efectuó un minucioso registro del camarote e hizo venir a un perito en armas de fuego para que extrajese la bala que aparecía incrustada en las maderas del piso, debajo de la alfombra sobre la cual la víctima tenía la cabeza.

Dando las gracias al *sheriff*, Merrivale llamó al perito en armas.

Después de dar su nombre y profesión, el perito declaró que, en efecto, había sido llamado por el *sheriff* Winter para que extrajese un proyectil que aparecía incrustado en la madera del piso del camarote de la gabarra.

Traslado al laboratorio, dijo haber procedido al examen de la bala y la pistola, estableciendo sin lugar a dudas que el rayado del proyectil por él extraído del piso del camarote coincidía con el rayado de las estrías del cañón del revólver que le fue entregado y en este momento estaba examinando, para hacer cuya prueba disparó una segunda bala que sirvió para contrastar la primera por medio del microscopio.

El perito apoyó su dictamen con varias fotografías de las dos balas, las cuales fueron mostradas al juez.

A continuación, el fiscal llamó al banquillo de los testigos al jefe de los laboratorios del equipo antropométrico oficial, al cual mostró el arma homicida.

—Si, ésta fue la pistola que encontramos en el piso del camarote y yo examiné.

—¿Al decir que la examinó, quiere decir que la sometió a examen en busca de impresiones digitales?

—Sí, exactamente.

—¿Encontró huellas?

—Sí.

—¿Había tomado con anterioridad las impresiones digitales al cadáver que había sido encontrado a bordo de la gabarra?

—Sí.

—¿Se correspondían las huellas encontradas en la pistola con las que usted mismo tomó al cadáver?

—No.

—¿Así pues no eran las huellas del hombre asesinado… quiero decir del hombre muerto en la gabarra?

—No.

—Gracias, eso es todo por el momento —dijo Merrivale.

Y se volvió teatralmente al público que en este momento iniciaba un murmullo de comentarios.

El fiscal esperó hasta que el juez hizo sonar la maza reclamando silencio. Luego llamó a Tony Honig al banco de los testigos. Rushford sonrió para sí.

Merrivale estaba llevando a cabo una labor minuciosa, incluso excesiva para el objeto que se proponía demostrar. Con todo lo dicho por el médico forense y el *sheriff* eran más que suficiente para establecer las causas que determinaron la muerte de Jim Tremley. En su insistencia, al parecer, lo único que el fiscal pretendía era establecer las bases de una fundada sospecha contra el posible autor o autores del crimen; es decir, contra el sargento Knudsen y el propio Rushford.

Mientras Honig ascendía al estrado, Rushford volvió a mirar a Maggie Tremley.

Disimuladamente, la joven volvía la cabeza buscando en torno a sí entre el público con los ojos. Rushford esperó con curiosidad el momento en que ella le vería, y aún se empinó un poco sobre las puntillas de los pies para que la muchacha pudiera verle mejor.

En efecto, y como había esperado Bill, apenas los ojos de Maggie Tremley le encontraron, parecieron dar por concluida su búsqueda.

Ella apartó la mirada con un mohín de desprecio y Bill se sonrió satisfecho.

Merrivale había dado comienzo al interrogatorio.

—¿Se llama usted Antonio Honig?

—Sí.

Rushford fijó su atención en el testigo. Honig debía tener alrededor de 40 años. Era un hombre alto, musculoso y bien desarrollado. Su nariz rota y la anchura de sus hombros le infundían cierto aire inconfundible de boxeador. Lo había sido en realidad, según él mismo manifestó al contestar al interrogatorio de Merrivale.

—Ahora soy gabarrero. Antes tuve un bar, y antes de todo eso fui boxeador.

Hablaba con desgana y su voz no parecía muy firme. Tenía un aire abatido.

—¿Conocía usted a Jim Tremley?

—Sí, le conocía. Era mi amigo.

—¿Desde cuándo se conocían ustedes?

—Conocía a Jim casi desde que nació, pero le perdí de vista durante unos años hasta que le volví a encontrar cuando abrí mi bar en el South. Jim atravesaba entonces un mal momento. Había empezado a boxear un año antes bajo buenos auspicios, pero un exceso de codicia en los entrenadores que le preparaban le llevó al fracaso. Creyeron haber descubierto en Jim un campeón y le llevaron rápidamente a participar en combates que eran superiores a sus fuerzas y su experiencia. En resumen, para cuando tomé bajo mi protección a Jim, éste ya tenía ganado su mote de Jimmy «*Funk*», o sea Jim el «espantadizo». Era un muchacho que había perdido su moral. Yo creí que podría volver a infundirle confianza en sí mismo, entrenándole adecuadamente y llevándole a combates que pudiera ganar y sentirse seguro. Pero me equivoqué. Jim continuó, siendo Jim «*Funk*» pese a mis esfuerzos. Perdí mucho dinero intentando levantarlo de nuevo, hasta que de común acuerdo decidimos que lo mejor era dejarlo. Fue entonces cuando liquidé mi bar y compré la gabarra que ahora poseo.

Honig buscó con la mirada a Maggie Tremley, como pidiéndole disculpas por lo que tuvo que decir de su hermano. La muchacha asintió con leve movimiento de cabeza y después apartó los ojos.

—Usted apreciaba a Jim Tremley, según se desprende de lo que ha contado —insinuó Merrivale.

—Sí, le apreciaba.

—Traslademonos a la tarde del martes día doce del corriente, o sea el día que Jim Tremley fue hallado muerto en la gabarra de su propiedad de usted. ¿Le anunció Tremley de antemano su propósito de ir a visitarle en la gabarra?

—No, no me anunció nada. —Honig se removió inquieto en el asiento.

—¿Se encontraba usted a bordo cuando llegó Tremley?

—No. Yo me había marchado ya para entonces.

—¿A qué hora abandonó usted la gabarra?

—Sobre las cinco de la tarde. Era una tarde lluviosa y desapacible, yo no tenía nada que hacer y se me ocurrió que era un día apropiado para ir al cine en compañía de mi novia…

Honig se interrumpió. El recuerdo de su novia muerta debió afectarle. Su voz se convirtió en un murmullo y el fiscal hubo de rogarle que levantara la voz cuando de nuevo habló contestando a las preguntas del fiscal.

—Quedamos pues en que desembarcó a las cinco de la tarde. ¿A dónde fue después de abandonar la gabarra?

—Fui a la cafetería y telefoneé a mi novia proponiéndole ir al cine y cenar juntos a la salida. Ella aceptó, pero tuvo una pequeña «panne» en su automóvil y se retrasó. Apenas llegó salimos juntos.

—¿Y fueron al cinematógrafo?

—Sí.

—¿Directamente, sin regresar a la gabarra?

—Sí, eso es. Nos fuimos al cine… directamente. Todavía estábamos allí cuando vinieron a buscarme los agentes del *sheriff*.

—¿Fue entonces cuando los agentes del *sheriff* fueron a buscarle, cuando supo por primera vez que Tremley se encontraba en su gabarra?

—Sí.

—¿No le sorprendió que Jim Tremley escogiera precisamente su gabarra de usted para morir?

Honig se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua.

—Supongo que Jim no escogería el sitio. Quiero decir… que Jim no debía saber que habría de morir allí —repuso Honig casi en un

murmullo.

—¿Le visitaba Tremley con alguna frecuencia en la gabarra?

—Venía algunas veces… con más frecuencia cuando peor le iban las cosas. Y casi siempre se presentaba sin avisar. Jim sabía que en mi gabarra nunca le faltaría cama, o comida, o trabajo si le hacía falta alguna de estas cosas. También le di mi consejo de amigo tantas veces como lo necesitó, pero esto último jamás lo pedía, y en realidad le molestaba. Jim se había juntado con malas compañías últimamente. El…

—Gracias, señor Honig. Eso es todo —dijo Merrivale interrumpiendo seca y bruscamente el casi ininteligible murmullo del testigo.

Tony Honig abandonó el estrado con la cabeza gacha, aturdido y con paso inseguro. El juez declaró a la vista de los testimonios presentados que la muerte de Jim Tremley había sido provocada por tercera o terceras personas, «violenta y, al parecer, intencionadamente».

—El Tribunal del pueblo abrirá la debida investigación para hallar al culpable o los culpables, y hacer que éstos sean castigados según la ley —anunció concluyentemente.

William Rushford abandonó la sala anticipándose a la aglomeración del público y las carreras de los periodistas hacia los teléfonos.

CAPÍTULO VIII

A la salida de la Courthouse, Rushford se encontró con el sargento Knudsen que no había podido entrar debido al taponamiento del pasillo por el público.

—¿Dónde aparcó mi automóvil?

—Lejos, a dos cuadras de aquí.

—Veamos si podemos pillar uno de esos taxis —dijo Rushford cuando bajaban las escalinatas del edificio.

Los taxis formaban un cordón avanzando muy lentamente y el público que abandonaba la Courthouse corría a tomar los que todavía se encontraban lejos, coincidiendo con frecuencia más de dos parroquianos sobre un mismo coche y entablándose acalorada discusión sobre quién había llegado primero.

Corriendo a lo largo de esta caravana, Rushford y el sargento Knudsen alcanzaron uno de los taxis y se colaron en él de rondón.

Siguiendo las instrucciones de Knudsen, el taxista les llevó hasta donde había quedado aparcado el automóvil de Rushford.

—Vaya a estacionarse con mi coche ante el cuartel de policía. Es posible que Winter saque a Honig de la ciudad para llevarle a algún lugar oculto como hicieron ayer. Esta vez tenemos que saber dónde le llevan —dijo Rushford al sargento.

Knudsen abandonó el taxi para tomar el auto de Rushford.

—A la Courthouse —ordenó Bill al taxista.

Desde el taxi, estacionado ante la Courthouse, Rushford estuvo en la puerta del edificio hasta que vio acercar dos coches de la policía. Para entonces ya había quedado despejada la calle de público y de vehículos.

Rushford pudo ver perfectamente cómo sacaban a Tony Honig escoltado por dos robustos policías, seguido a corta distancia por el

sheriff y un par de detectives.

Honig subió al primer coche con los agentes y Winter lo hizo con el segundo automóvil con los dos detectives. Los autos policiales se pusieron en marcha haciendo sonar sus sirenas hasta el Cuartel de policía, seguidos discretamente por Rushford y también por el sargento Knudsen, a corta distancia.

—Aparque y espéreme aquí —¡ordenó Rushford al taxista!

Saltó al asfalto, cruzó la calle y entró en el Cuartel, casi pisando los talones de los detectives que seguían a Winter.

Se encontraron en el vestíbulo; Rushford, Honig, Winter y los policías de la escolta. Winter torció el gesto evidenciando su disgusto, avanzando un paso para interponerse en el camino de Bill cuando éste, sonriendo, iba hacia Honig.

Rushford no se detuvo, sino que apartando a Winter con suavidad y firmeza dijo al gabarrero:

—¡Vaya, por fin puedo echarle la vista encima, señor Honig!

Honig sólo había visto a Rushford una vez, la tarde que fue llamado a bordo de la gabarra para encontrarse ante el cadáver de Jim Tremley. Honig probablemente no le recordaba. Miró parpadeando a Winter como buscando el consejo de éste.

—No está obligado a contestar ninguna de las preguntas que le haga el capitán Rushford, Tony —dijo agriamente el *sheriff*.

—No le haré ninguna pregunta —repuso Rushford encarándose con Honig—. Sólo trataré de refrescarle la memoria, recordando al amigo Honig que omitió algo muy importante en su declaración de esta mañana ante el juez.

—No trate de enredarme al testigo, Rushford —dijo Winter sombríamente.

—El señor Honig aseguró haberse marchado directamente al cine con su novia cuando la señorita Robbins llegó en su automóvil con algún retraso sobre la hora acostumbrada. Es cierto que la señorita Robbins tuvo una pequeña «panne» en el motor de su viejo auto. Eso le obligó a apearse bajo la lluvia. Tenía las ropas húmedas y los pies empapados cuando llegó para reunirse con Honig en la cafetería. La señorita Robbins, que tiene su casa en Brooklyn, sugirió a Tony la conveniencia de volver a la gabarra, donde ella tenía algunas ropas y también un impermeable y unos chanclos de goma. Y eso fue lo que hicieron. Regresaron en el auto al muelle,

después de todo sólo iba a entretenerles unos minutos más, y con eso evitarían que la señorita Robbins pillase un resfriado. Eran las seis de la tarde. En el muelle, Honig y la señorita Robbins se encontraron con los hombres que regresaban de la gabarra después de haber asesinado a Jim Tremley, y el consejo que recibieron fue que se abstuvieran de pasar a bordo de la gabarra y se alejaran rápidamente de allí… como en efecto hicieron. ¿No es así como ocurrieron las cosas, señor Honig?

Honig, que había palidecido intensamente, retrocedió un paso mirando a Rushford con ojos espantados.

—¡No, no es cierto! —gritó.

—¿No es cierto que se encontraron con O'Neil y sus pistoleros en el muelle… que éste les aconsejó marcharse y cerrar el pico… que la señorita Robbins conocía a O'Neil… que a partir de este momento su novia quedó bajo la vigilancia de los secuaces de O'Neil y que anoche, por último, los guardaespaldas de O'Neil precipitaron el auto de Scheldt Robbins a un barranco para librarse de ella y evitar así que pudiese cometer una indiscreción?

Pálido, la frente perlada de sudor frío, Honig miró aterrado a Rushford.

—Usted quiere engañarme —tartamudeó—. Scheldt pereció en un accidente.

—Un accidente burdamente amañado, provocado por gentes desconocidas utilizando un automóvil que había sido robado aquella misma tarde. Puedo darle información de primera mano, porque me encontraba presente.

—No, no es posible… —murmuró Honig negando con la cabeza.

—Le diré cómo sucedió —prosiguió Rushford implacable—. Yo y mis agentes le andábamos buscando a usted. Sospechábamos que el fiscal de Nueva Jersey le había ocultado en alguna parte y deseábamos saber dónde para interrogarle. Ayer al mediodía, estuvimos en la fábrica de Hobboken donde trabajaba la señorita Robbins. Ella negó conocer su paradero de usted, pero mientras

estábamos allí, recibió una llamada telefónica. Era usted quien llamaba o así lo supusimos al menos. Destaqué un coche equipado de radioteléfono para seguir a la señorita Robbins en el supuesto que ésta fuese a reunirse con usted. Y yo sabía que usted querría que fuese a su lado, porque temía por su vida después de lo que había visto en el muelle la tarde que asesinaron a Tremley.

—¡Ella no vio nada! —protestó Honig acaloradamente—. Es cierto que volvimos al muelle. Fuimos a bordo de la gabarra. Jim estaba allí. ¡Pero estaba vivo! Dijo que había escogido aquel lugar para una cita con un amigo y nos marchamos para no perdernos la película…

—De acuerdo, Honig, siga usted protegiendo a los asesinos, pero permítame al menos que le cuente cómo correspondieron los hombres que usted oculta a su probada fidelidad. Apenas la señorita Robbins salió del trabajo, tomó en su automóvil la carretera de Belleville. Su intención evidente era la de despistar a cualquiera que pudiera seguirle. Nosotros la seguimos…, y por lo que hemos podido colegir ahora, «ellos» la seguían también. Cuando yo iba en mi coche haciendo sonar la sirena para adelantar a Scheldt Robbins, otro auto que iba a la zaga de ella, se nos anticipó y se lanzó adelante a toda velocidad. Creo que los seguidores de su novia, al oír nuestra sirena, temieron que íbamos a detener a la señorita Robbins para interrogarla y tal vez obligarla a decir lo que sabía, y en ese mismo momento decidieron intervenir para provocar el accidente en que su novia de usted perdió la vida.

Rushford miró escudriñador al rostro de Honig, pero éste había plegado los labios y fruncido el ceño en gesto sombrío y amenazador que implicaba una firme voluntad en no responder.

—Está bien, Honig —dijo Rushford—. Ahora ya sabe usted todo lo que debía saber. Le prevengo que no podrá usted mantener su declaración en el juicio que se celebre más tarde. Usted vio algo cuando regresó con su novia a la gabarra. Y si no vio a nadie, entonces también es posible que se le acuse de haber dado muerte a Tremley, pues tuvo la oportunidad de hacerlo.

Honig mantuvo su obstinado silencio y Rushford se despidió con un ademán, dirigiéndose hacia la puerta de la calle.

—Honig es suyo, *sheriff*. Ya puede ocultarlo en cualquier parte. Le desafío a que saque algún provecho útil de él.

—Sabía que enredaría usted las cosas así tuviese la oportunidad de hablar con Honig —contestó furioso el *sheriff*—. Pero no crea que con eso ha terminado todo y ya está a salvo su cabeza.

—La suya rodará antes que la mía —dijo Bill por encima del hombro. Y salió.

Al regresar al taxi que le esperaba, Bill vio su coche aparcado unos pasos más allá, con el sargento Knudsen al volante, el rostro oculto tras un periódico desplegado.

Rushford se hizo llevar por el taxi hasta dos cuadras más allá.

Entonces se apeó, abonó la carrera y permaneció en la acera hasta que el auto se alejó.

Paseando lentamente por la acera, Bill se entretuvo en algunos escaparates, hasta que al cabo de diez minutes vio de lejos a Honig que salía del cuartel de policía escoltado por dos detectives de paisano y subía con éstos a un coche sin distintivos.

El *sheriff* Winter salió detrás y quedó en la puerta mirando arriba y abajo de la calle hasta que el coche arrancó.

Poniendo el auto en marcha y formando en la corriente circulatoria de vehículos, el sargento Knudsen siguió al automóvil policial a una distancia prudente. Rushford esperó hasta que los dos autos hubieron desaparecido. Entonces detuvo un taxi y se hizo llevar a Manhattan.

* * *

Encontró al superintendente Delanson almorzando en el restaurante donde tenía por costumbre hacerlo. Delanson le lanzó una escudriñadora mirada mientras, tranquilo, Bill pedía un abundante y suculento almuerzo.

—Los disgustos no parecen afectarle el apetito —dijo el superintendente mientras el camarero se alejaba.

—No estoy disgustado —repuso Rushford sonriendo.

—¿Estuvo en la encuesta?

—Sí.

—Supongo que se daría cuenta que el fiscal sentó cuidadosamente las bases, para que a partir de ahora y es cualquier instante pueda obtener una orden de arresto contra usted.

—Merrivale no se atrevería a tanto. Un patinazo en la iniciación

de su carrera podría resultarle fatal. Sobre todo después de mi entrevista con Tony Honig, Merrivale ya no estará seguro de nada.

Rushford tuvo que relatar al superintendente su encuentro con Honig y el *sheriff* una hora antes.

—Si usted consigue demostrar que Honig y su novia regresaron a la gabarra antes de ir al cine, se habrá apuntado un importante tanto. En primer lugar destruirá la confianza del jurado en Honig como testigo. En segundo lugar, es posible que Honig y su novia vieran a los asesinos.

—Les vieron, estoy seguro. Ahora sólo me resta aguardar.

—¿Aguardar, a qué?

Rushford quedó pensativo unos instantes. Luego dijo:

—Tengo una idea de cuál puede ser la reacción de Honig, ahora que he deslizado en su cabeza la insidiosa idea de que aquellos mismos a quienes protege asesinaron a su novia. Pero Si usted me lo permite, prefiero guardarla para mí hasta ver en qué queda todo esto.

—Le he dado carta blanca en el asunto, Rushford —repuso Delanson gravemente—. Haga lo que le parezca.

El camarero volvió con los platos pedidos por Rushford. Mientras almorzaban hablaron de asuntos diversos, sin tocar el tema profesional.

—Voy a telefonear al Resguardo por si hay noticias del sargento Knudsen —anunció Bill, levantándose en el espacio de espera, mientras les servían el café.

El sargento De Ruyter contestó a la llamada de Bill.

—Sí, señor —dijo—. Knudsen acaba de telefonear. Aquí tengo escrito el recado que me dejó. Dijo que había seguido al hombre hasta South Orange, y que éste había entrado en una casa de apartamientos para estudiantes en Irvington Avenue, entre la Universidad de Seton y el hospital Municipal.

—De acuerdo, mándeme un coche con radioteléfono y conductor al restaurante Paterson. Luego llame al teniente Cohen a su casa y dígale que acuda al Resguardo.

Bill salló de la cabina y fue a reunirse con Delanson en la mesa donde se enfriaba el café.

—Hoy me toca pagar a mí —dijo Bill poco después, tomando la nota que traía el camarero—. Teniendo en cuenta que puede

detenerme de un momento a otro y condenarme a veinte años, ésta bien podría ser la última comida decente que realizo con un amigo.

Salieron riéndose del restaurante. En este momento llegaba el coche solicitado por Bill con el agente Packnack al volante. Rushford se despidió del superintendente, montó en el coche junto al conductor y ordenó:

—A South Orange.

El tráfico a través de Manhattan era una de las cosas más molestas que Rushford conocía, pero en esta ocasión no tenía demasiada prisa.

Ciertamente, aprovechó su tiempo utilizando el radioteléfono en ruta, a la salida del túnel bajo el río, para instruir al teniente Cohen en los puntos claves donde debería estacionarse cada automóvil. Rushford perseguía una idea fija. Y tan seguro estaba de sí mismo que no le arredró emplear todos los autos y todos los agentes disponibles, incluso retirándolos de sus ocupaciones ordinarias en los muelles.

Poco después de las cuatro de la tarde, Rushford se reunía con el sargento Knudsen bajo los tilos del parque entre la Universidad y el Hospital Municipal, sobre una capa de hojas amarillentas que el otoño desprendía de los árboles.

Knudsen le señaló la casa, un edificio que se levantaba solitario al otro lado de la avenida, teniendo para fondo la cúpula del quirófano del hospital. En un solar contiguo se veía aparcado el automóvil que los detectives de Winter habían utilizado para conducir a Tony Honig hasta allí.

—¿La casa tiene escalera de incendios por la parte posterior?

—No. Pero hay en ella unas tuberías de desagüe que podrían servir para descolgarse por una ventana… si alguien decidiera correr ese riesgo.

—Honig lo correrá —aseguró Rushford—. Pero no ahora. Esperará a la noche. Nosotros esperaremos también.

A últimas horas de la tarde se levantó un airecillo fresco que obligó a Bill a recogerse friolero, en el caliente interior del automóvil oficial, Heno del humo de los cigarrillos del agente Packnack.

Un hombre salió de la casa y se dirigió hacia el automóvil.

Antes que el detective llegara al coche, una ventana del segundo

piso se abrió y otro hombre asomó por ella llamando. El detective se detuvo y levantó los ojos. El otro le indicó por señas que comprara cigarrillos. El que estaba abajo asintió, subió al coche y se fue.

El hombre que había salido con el coche tardó media hora en regresar. Para entonces estaba anocheciendo. El detective entró en la casa llevando los brazos ocupados con dos grandes paquetes de papel.

—Ha cerrado el coche con llave —observó Rushford tocando al sargento Knudsen en el brazo—. En cuanto anochezca irá usted y descerrajará la cerradura. Luego hará una conexión directa con los cables del cerrojo de contacto para que el coche pueda arrancar.

Knudsen pegó un respingo.

—Si me pillan haciendo eso, me enchironan.

—Tenemos que dar las máximas facilidades a Honig para que pueda escapar.

—¿Eso es legal?

—¿Quién dice que lo sea? Pero lo haremos, porque ayudando a Honig nos ayudamos nosotros mismos. ¿Olvida que estamos tan comprometidos en el asesinato de Tremley, que pueden ordenar nuestra detención de un momento a otro?

Knudsen profirió un gruñido, con lo cual quería significar que estaba de acuerdo en que cualquier cosa no sería peor que sentarse en el banquillo de los acusados con un cargo de asesinato en las espaldas.

Arriba, en la ventana, se encendió la luz de la habitación. Una sombra se destacó contra los cristales. Las cortinas fueron corridas, pero numerosas veces durante la vigilancia de los «G-Men» vieron éstos alguna sombra de hombre contra la cortina, lo cual parecía indicar que había alguna luz bastante baja en aquel cuarto.

Knudsen abandonó el coche y se acercó a la casa para forzar la cerradura de la portezuela y conectar los hilos del arranque eléctrico.

Rushford también saltó a tierra para, envuelto en su liviana gabardina, tiritando de frío, dar una vuelta a la casa y examinar su fachada posterior.

Regresó al coche, ordenó a Packnack que fuera a vigilar la casa

por detrás y encendió un cigarrillo recostado contra el coche, sin perder de vista aquella ventana iluminada. Knudsen regresó poco después.

—Listo. Si Honig quiere escapar, no tendrá más que pisar el arranque y embragar la primera velocidad.

Sonó el zumbador del radioteléfono. Rushford tomó el aparato.

Era el teniente Cohen quien llamaba desde Irvington, en el cruce entre Parker Avenue y Springfield Avenue, donde estaba estacionado su coche. Otros autos de la policía federal estaban escalonados a lo largo de la avenida Springfield, Raymond Belvedere y Pulaski Skyway hasta Hobboken y la entrada del túnel Holland, que era la ruta más corta hasta Manhattan. A la salida del túnel, por último, había estacionado otro auto para señalar la ruta *que* pudiera tomar Honig… en el supuesto de que pudiera escapar o realmente se lo hubiera propuesto.

A las nueve de la noche todo seguía igual. El tráfico por la calle era prácticamente nulo. Cerca corría Irvington Avenue, en la cual había un tráfico regular, pero éste era realmente un rincón apartado y tranquilo, donde Rushford y sus detectives difícilmente habrían podido localizar a Honig y su escolta ni en una semana de buscar por los alrededores.

A las diez se apagó la luz de la ventana en el segundo piso y Rushford casi empezó a temer que sus cálculos resultaran fallidos y Honig, contra sus previsiones y su lógica, ni siquiera intentase escapar.

Bill iba a meterse en el automóvil, después de una hora de plantón expuesto al frío de la noche, cuando empezaron a ocurrir cosas.

Primero se encendió la luz de la ventana del segundo piso. Casi al mismo tiempo pudo ver las sombras de dos hombres que luchaban a brazo partido. El cristal de la ventana saltó y sus fragmentos cayeron ruidosamente a la calle.

—¡Sucedió! —exclamó Rushford lleno de alegría. Y echó a correr cuan aprisa le permitían sus piernas hacia la casa.

Alcanzó la puerta al mismo tiempo que Knudsen.

—¡Vaya por la parte de atrás! —le ordenó Rushford.

Knudsen salió corriendo y en este momento escucharon pasos precipitados en la casa. La luz del patio se encendió de golpe y Bill,

un poco retirado en la calle, vio a Tony Honig que salía lanzado de la escalera y se precipitaba en mangas de camisa hacia la puerta.

La puerta, como casi todas las de los pisos modernos, era de armadura de hierro con cristales. Tony Honig llegó corriendo por el vestíbulo, en el mismo instante que uno de los detectives salía de la escalera. El detective, que había recogido previsoramente su chaqueta y llevaba ésta bajo el brazo, aparecía también en mangas de camisa, la pistolera bajo el sobaco y la funda sujeta al hombro.

Cuando el policía cruzaba corriendo el patio, el ascensor llegaba a la planta baja. El hombre desenfundó su pistola encañonando a Honig.

—¡Alto! ¡Alto o disparo!

Pero no disparó. Honig sabía que no lo haría y no se detuvo. Alcanzó la puerta, asió el picaporte y tiró. El escolta llegó pisándole los talones, pues había acortado la distancia mientras el fugitivo forcejeaba con la pesada puerta de hierro.

Por una sola pulgada, la mano del policía no pudo atrapar a Honig, que salió lanzado a la calle y corrió en línea recta hacia el automóvil. El policía traspuso el dintel. Otro detective había salido como vomitado por el ascensor y corría también en mangas de camisa hacia la puerta.



Rushford, amparado en la sombra, alargó su pie y zancadilleó al primer policía, haciéndole caer de bruces en la hierba.

El hombre lanzó una maldición. Con el rabillo del ojo, Bill alcanzó a ver a Honig que llegaba al automóvil y tiraba de la manija de la portezuela. Debió resultarle agradable sorpresa encontrar que la puerta no le opuso resistencia, pero seguramente no se detuvo a considerar este descuido de sus escoltas.

El policía derribado por Rushford se incorporó mugiendo furiosamente. Intentó de nuevo seguir al fugitivo, pero Rushford se le interpuso.

Chocaron violentamente y el detective gruñó:

—¡Apártese, maldita sea!

—Apártese usted, mi amigo —repuso Rushford, el rostro en la

sombra del ala del sombrero.

El segundo detective salía por la puerta cuando su compañero se abalanzó sobre Rushford.

Bill paró el golpe con el brazo y disparó a continuación su puño contra la nariz del hombre.

Eran muchas las ganas que Bill les tenía a los hombres de Winter. Su puño alcanzó el objetivo propuesto y el detective cayó hacia atrás abriendo los brazos para rodar sobre la hierba.

El segundo policía atacó veloz y silenciosamente. Rushford le frenó en seco con un gancho en el estómago. El hombre se dobló resollando penosamente. Era un tipo duro y encajó el gancho de Rushford contra su barbilla con estoicismo de auténtico pugilista. A continuación contestó con un directo que alcanzó a Bill en un hombro y le hizo dar media vuelta sobre sí mismo. El detective de Winter saltó ágilmente sobre las espaldas de Bill.

Rushford se inclinó bruscamente despidiendo a su enemigo por encima de su cabeza al suelo. El primer detective se ponía en pie esgrimiendo su pistola.

Bill levantó el pie desarmando al hombre de una patada, pero resbaló en la hierba y cayó al suelo.

Knudsen apareció en este momento doblando la esquina y corrió a sujetar por detrás el brazo del segundo detective, que había empuñado su revólver.

En un abrir y cerrar de ojos despacharon los
«G-Men»
a sus dos enemigos. Bill saltó en pie, esquivó el directo de su contrincante y contestó con un golpe rápido entre los ojos del policía. Antes de que éste pudiese recuperarse le persiguió golpeándole en un oído y luego en los riñones.

El coche se ponía en marcha con Honig al volante, cuando Bill dio por concluida su faena, derribando a su enemigo de un golpe en la nuca con el duro canto de su mano. El hombre cayó exhalando un gemido. El sargento Knudsen, atrapando a su enemigo con una «llave» de ji-jitsu, lo volteó por encima de su cabeza, arrojándole contra el muro.

Sonó un golpe sordo y el agente quedó inmóvil en el suelo.

—Espero no haberle matado —refunfuñó Knudsen, mientras recogía su sombrero. Bill levantó su sombrero y dijo:

—Vamos.

CAPÍTULO IX

Para Maggie Tremley, ésta era una de aquellas noches en que inexplicablemente se sentía cansada, irritada y decepcionada respecto al mundo y a la vida toda.

Casi desde que nació, Maggie había estado librando una batalla sorda contra un fantasma siniestro y contumaz: la miseria. Y esta noche, que por contraste vestía un bonito traje de noche y adornaba su cuello con un collar de perlas legítimas, esta noche se sentía más pobre, más abandonada y digna de lástima que en ninguna otra ocasión anterior en su vida.

Peter O'Neil la había llevada al estreno de una comedia en uno de los teatros más caros de Broadway, donde los hombres la habían admirado en su belleza, y las mujeres la compadecieron en la, timidez y la tristeza que se desprendía de su figura. La obra resultó a la postre un fiasco, ocasión que O'Neil aprovechó para abandonar el teatro antes de lo previsto y llevarla a su casa.

La quinta de O'Neil en Riverside Drive era fea, carente de gusto arquitectónico en su exterior, aunque cómoda y espaciosa en su interior. Maggie había llegado a ella con un sentimiento de íntima aprensión, pues después del regalo del collar, la cena en un restaurante de lujo, la invitación al teatro y la melosa efusividad de O'Neil, temía que inevitablemente su jefe le haría una declaración de amor.

Maggie temía este momento en que habría de desengañar a O’Neil.

Lo temía y hubiera deseado retardarlo, sobre todo, porque consideraba que O’Neil se había portado bien con ella. Él, en ningún momento había tratado de ocultar los propósitos que le empujaban hacia ella. En cambio, Maggie no había sido sincera con él.

El miedo a que O’Neil se enojara le había empujado poco a poco a aceptar galanterías y presentes, cuyo fin ella no ignoraba. Porque el miedo al enojo del jefe presuponía temor a un despido para ella, y más aún que para ella para Jim.

Jim había sido el tormento de la juventud de Maggie. Metido en malas compañías, varias veces procesado y encarcelado, puesto en libertad y de nuevo aliado a las pandillas de los bajos fondos, Jim se había constituido en un lastre penoso de arrastrar.

En compañía de O’Neil, en cambio, Jim parecía haberse aplacado.

Cierto era que Maggie ignoraba el trabajo que su hermano realizaba a las órdenes de O’Neil. No sabía mucho de este hombre, excepto que tenía un negocio de ferretería que daba buenos ingresos, y al parecer apostaba a los caballos y a ciertos pugilistas con ventaja.

Maggie había conocido a estas cuadrillas que siempre andaban a vueltas con los boxeadores y sus *managers*. Eran los hombres que realmente dirigían los combates desde sus despachos, ordenando a voluntad cuándo un pugilista debía vencer y cuándo debía dejarse caer sobre la lona. Nada de esto era legal en buena ética, aunque los únicos perjudicados eran los aficionados al boxeo. Pero a éstos quizá no les importase mucho quién ganaba o perdía. Y si al fin se dejaban embaucar, allá ellos con su ingenuidad.

También Jim había estado en su tiempo en manos de estos sujetos.

Y ya que había salido de ello, Maggie prefería verlo convertido

en guardaespaldas de uno de estos poderosos personajes, mejor que tener que enfrentarse y dejarse explotar por ellos.

O'Neil,

que nunca hablaba de sus negocios con Maggie, había insistido mucho en salir con ella esta noche. A decir de

O'Neil,

tenían que celebrar la inminente caída del capitán Rushford, pues ello significaría que la muerte de Jim, al fin, sería vengada.

Maggie no había participado del mismo entusiasmo de su jefe a la vista de los resultados obtenidos en el curso de la encuesta.

En primer lugar, Maggie se sentía escéptica. Un Rushford, oficial de la Policía del Gobierno federal, era en cierto modo un personaje de importancia. Incluso si Rushford fuera realmente culpable, el prestigio del Cuerpo policial a que pertenecía rompería una lanza por él, considerando que salvando a Rushford salvaba de la crítica el buen nombre de los hombres del Gobierno.

Maggie, que ciertamente no tenía un gran concepto de la Policía, presumía que los organismos oficiales se apresurarían a echar tierra sobre el asunto. Rushford no sería degradado, ni expulsado del Cuerpo, ni mucho menos condenado.

Y he aquí que al considerar todo esto, Maggie sentía en su interior que se alegraba.

Después de todo, ya no estaba tan segura de que Rushford fuese el autor del asesinato de su hermano. Más aún que esto, semejante idea se le antojaba ahora absurda.

Había visto a Rushford sonreír con su sonrisa amplia y franca durante la encuesta. Un hombre que ha maltratado a otro hombre antes de pegarle un tiro en la nuca, jamás sonreiría de este modo. No lo haría ante la hermana de su víctima. Ni mucho menos cuando lo que se ventilaba en aquella encuesta era si debía hacerse o no una acusación formal por asesinato contra él.

Como de costumbre, «Hawk» Skewer y Paul Milker, los dos guardaespaldas de

O'Neil,

les acompañaron en el coche de regreso a Riverside Drive.

Después que entraron en la confortable mansión, los dos guardaespaldas sé esfumaron discretamente. Vino en cambio un mayordomo, que ni en aspecto ni en su peculiar forma de hablar

desentonaba con la clase de sujetos que solían andar tras Peter O'Neil.

—Tomaremos una cena fría más tarde, León —dijo O'Neil a su estirado y patibulario mayordomo—. Pon a Refrescar el champaña.

León tomó el abrigo de pieles de Maggie, pieles falsas que desentonaban con la auténtica calidad del vestido que O'Neil le había regalado el mismo día que Jim fue declarado inocente de sus cargos por la muerte de «Drowsy» Cheney. O'Neil, el viejo y fofo Peter O'Neil, la tomó delicadamente por un brazo y la condujo hasta un salón contiguo donde ardía un alegre fuego en una chimenea de piedra.

En un ángulo de la cómoda habitación, junto a un televisor, se veía una gran radiogramola.

—Como verá no me privo de ninguna comodidad —dijo O'Neil andando hacia la gramola. Maggie empezaba a detestar esta afición de su jefe a alabarse en sus triunfos, gustos y despilfarres—. ¿Qué prefiere, música moderna, o clásica?

En vez de contestar Maggie estaba mirando la hora en su reloj de pulsera, el primero y más modesto regalo, de O'Neil. O'Neil hizo una mueca de contrariedad.

—¿Tiene usted alguna cita en otra parte? —preguntó bruscamente. Maggie le miró asustada y temblorosa. O'Neil se echó a reír.

—La noche es joven, como se dice en las películas.

Quiere decir que es temprano todavía. Ahora le pondré un poco de música y se sentirá más cómoda. O'Neil puso un disco en la gramola. Era música moderna, pésima en interpretación y que denotaba un gusto deplorable en quien la

adquirió.

—Magnífico, ¿eh? —exclamó O'Neil, frotándose las manos—. Estupendo, vamos a tomar una copita para desentumecernos. Y charlaremos. Tengo muchas cosas que contarle…, y usted también tendrá que contarme algo de su vida, por supuesto. Tenemos que conocernos mejor, ¿no es cierto, mi pequeña Maggie?

O'Neil fue hasta un mueble-bar. Maggie, la «pequeña» Maggie que sobrepasaba casi toda la cabeza a O'Neil, hubiera dado cualquier cosa para que en este momento ocurriese un milagro que la librase de tener que escuchar las estúpidas insinuaciones de O'Neil.

Y el milagro ocurrió.

Sonó un timbre.

O'Neil se enderezó con una botella en una mano y un vaso en la otra, y quedó escuchando. El timbre volvió a sonar con impertinente insistencia.

—Discúlpeme un momento —dijo O'Neil acercándose a Maggie con un vaso—. León está un poco sordo. Vaya bebiendo mientras voy a ver quién llama.

Maggie quedó con el vaso en la mano mientras O'Neil abría la puerta, salía, y cerraba cuidadosamente tras sí.

El mayordomo ya había acudido y en este momento abría.

Un empujón lanzó a León hacia atrás mientras un hombre despeinado, en mangas de camisa, se precipitaba en el vestíbulo parándose en seco al ver a O'Neil. Era Tony Honig.

—¿Honig? —O'Neil arrugó el ceño. Volvió la vista atrás para asegurarse de que la

puerta del salón quedaba bien cerrada. Avanzó hacia el gabarrero —. ¿Qué haces tú aquí?

—Sólo quiero que me contestes a una pregunta, O’Neil, vieja rata de muelle. —¿Ordenaste tú la muerte de Scheldt Robbins? — gritó Honig, fuera de sí.

—Me parece que andas mal de la cabeza, Honig, viejo amigo. Ni siquiera sé quién es Scheldt Robbins —repuso O’Neil, ceñudamente.

—Yo te refrescaré la memoria. Se trata de la chica que estaba conmigo la tarde del martes, cuando fuimos al muelle y te encontramos a ti y a ese par de monos… —Honig señaló a Milker y Skewer que asomaban por la puerta de la biblioteca—. A ese par de monos cuando volvías después de liquidar a Jim Tremley en mi gabarra.

—¡Honig, maldición! —rugió O’Neil, avanzando hacia el gabarrero con los puños cerrados—. ¡Te dije que olvidaras aquello…, que lo borraras de tu memoria para siempre jamás…, a ti y la mujer que estaba contigo!

—¡Has asesinado a Scheldt! —chilló Honig—. ¡Y era una buena chica!

—Encontrarás a otras tan buenas como ella y más bonitas. Era un esperpento. Y representaba un peligro para todos nos…

Honig se abalanzó sobre O’Neil con la cabeza gacha y los puños cerrados. Del primer golpe alcanzó al gordinflón en la boca. Le golpeó en la frente y O’Neil salió reculando a través del vestíbulo, enredando sus pies en la tupida alfombra y cayendo de espaldas.

Skewer y Milker se arrojaron como un solo hombre sobre Honig.

Pero antes que ellos, León sacó de alguna parte un pesado revólver y le golpeó por detrás con el cañón. Honig cayó de rodillas. Antes que pudiera reponerse de aquel golpe, los guardaespaldas de O’Neil le tenían fuertemente cogido por los brazos.

—¡Maldito seas! —rugió O’Neil, incorporándose. Sacó un inmaculado pañuelo del bolsillo superior de su *smoking* y se limpió la sangre de la comisura de los labios—. Esto te costará caro, Tony.

Honig se había recuperado lo suficiente para contestar:

—Espera que tenga ocasión de encontrarme con un policía y le contaré algo que te hundirá para que jamás levantes cabeza.

—Con eso que has dicho acabas de condenarte, Tony. Llevadle de aquí —ordenó O’Neil a sus hombres.

Honig empujó a los pistoleros, logrando soltarse de Skewer. Pero Milker siguió sujetándole y León volvió a golpearle por detrás con el cañón de la pistola.

Esta vez Honig cayó sin sentido.

Se hizo el silencio. Los tres pistoleros y O’Neil contemplaban el cuerpo exánime del gabarrero.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Milker mirando a su jefe.

—Colocadle un buen peso en las piernas y echadlo a la bahía donde no vuelva a salir jamás —dijo O’Neil, irritado.

Entre Milker y Skewer levantaron al gabarrero por las piernas y los sobacos.

—Apaga la luz de la marquesina, León —ordenó O’Neil.

El mayordomo salió primero para apagar la luz, siendo seguido por Skewer y Milker con Honig a cuestas. O’Neil fue a cerrar la puerta de la calle. Cuando se volvía a cruzar el vestíbulo vio de pronto a Maggie Tremley que le contemplaba espantada desde la puerta, abierta del salón. O’Neil se detuvo. Más si en algún momento se preguntó si la muchacha había escuchado la declaración de Honig, el horror en los ojos y en las palabras que ella pronunció le sacaron de dudas al instante.

—¡Usted! ¡Usted mató a mi hermano!

O’Neil avanzó sombrío hacia ella. La muchacha retrocedió hasta el salón, a donde la siguió O’Neil con torva mirada.

—Siento que ese estúpido Honig viniera a estropearlo todo —dijo O’Neil con acento pesaroso—. Para una chica como usted, el hecho de que me viera obligado a librarme de su hermano es algo imperdonable y monstruoso…, algo que nos separa tal vez definitivamente.

Maggie echó a correr hacia la puerta.

Pero allí encontró un obstáculo en la persona del mayordomo que la contemplaba con mirada aviesa.

* * *

Desde South Orange a la salida del Holland Tunnel, los coches de la policía federal fueron dando cuenta puntualmente del raudo paso del automóvil conducido por Tony Honig.

Cuando al abandonar el túnel Honig tomó la Miller Highway hacia el norte, a Rushford ya no le cupo duda de que el fugitivo se dirigía a Riverside Drive. El último coche, al seguir al auto de Honig, así lo confirmó por teléfono minutos después.

Rushford, seguido del sargento Knudsen en su coche, ya estaba en camino hacia Riverside Drive cuando el agente Nordon comunicó:

—El auto se ha detenido ante el tres mil once. Un hombre salta a tierra, empuja la verja y entra en el parque. ¿Qué hago?

—Siga adelante y estacione su auto más arriba. Nosotros estamos llegando ya.

En efecto, poco después el agente Packnack aplicaba los frenos de su auto detrás del coche abandonado por Honig. Bill saltó al asfalto diciendo:

—Siga adelante, de la vuelta y espere a distancia. ¿Tiene a mano su linterna? Packnack se la tendió por la ventanilla.

—Le haré tres señales cortas con la linterna para que acucia si es

necesario. —El auto de Bill, conducido por Knudsen, se estacionó detrás—. Siga a Packnack, sargento.

—¿No necesitará ayuda? —dijo Knudsen sacando la cabeza por la ventanilla.

—En todo caso llamaría con el silbato.

Bill se dirigió a la puerta de la verja. Ésta estaba entreabierta, sujeta por una cadena y un candado de forma que podía pasar un hombre, pero no abrirse por completo hasta dar paso a un vehículo.

Deslizándose entre las dos hojas de la puerta, Bill se adentró en el parque por una avenida enarenada al final de la cual se veían las luces de la casa.

Frente a la fachada principal, que estaba iluminada por un globo de cristal colgante de la marquesina, Bill vio estacionado un auto negro, largo y de prominentes aletas que tenía todas sus luces apagadas.

Bill se detuvo bajo los árboles en el mismo borde del césped de la explanada frente a la casa. Todavía estaba preguntándose si sería conveniente acercarse más, cuando de pronto se abrió la puerta. Un hombre salió y se apagó la luz de la marquesina. Luego salieron dos hombres más llevando un bulto que resultó ser un cuerpo humano. ¿Honig?

La puerta se cerró. Se escuchó la portezuela del automóvil. Los hombres manipulaban en la oscuridad. Luego la puerta se abrió de nuevo arrojando un chorro de luz sobre el césped. Un hombre entró y la puerta se cerró tras él. Luego de nuevo sonó el chasquido de la portezuela del auto al cerrarse de golpe. Zumbó el arranque eléctrico y el motor se puso en marcha.

El auto encendió los faros al arrancar y Rushford corrió a esconderse tras uno de los grandes árboles. Al dar la vuelta para enfilar la salida, la luz de los focos cayó sobre el tronco tras el cual se escondía Bill. La lujosa máquina pasó zumbando por su lado y se alejó para detenerse con chirrido de frenos ante la cerrada verja. Uno de los ocupantes del coche se apeó para quitar la cadena y abrir de par en par.

Bill echó a correr por el borde del sendero enarenado. Suponía que el hombre que sacaron desvanecido de la casa era Tony Honig, y Honig era piedra fundamental en sus planes para desenmascarar a O’Neil.

Casi estaba tocando la trasera del auto cuando éste arrancó y traspuso la verja, virando bruscamente para enfilar el centro de la calzada y zumbar al acelerar de nuevo en primera velocidad. El auto se alejó en dirección al sur.

Bill salió a la calzada haciendo las señales convenidas con la linterna.

Se escuchó el zumbido del auto de Packnack al acercarse y el suave chirrido de las llantas en el asfalto al frenar ante Rushford.

—Siga a ese coche —dijo Rushford corriendo a alcanzar la portezuela, abriendo y saltando al asiento junto al conductor.

Packnack empujó la primera velocidad, aceleró y soltó el pedal del embrague. El auto salió dando una sacudida y aceleró rápidamente mientras el cambio automático iba seleccionando las velocidades.

Ante el coche policial, las luces zagueras del auto fugitivo brillaban como grandes pupilas rojas.

—Vamos a tratar de alcanzarles y obligarles a parar —dijo Bill.

El tráfico era más bien escaso en aquella ruta a tan avanzada hora y esto permitió a Packnack acortar rápidamente la distancia que le separaba del auto qué escapaba ante ellos.

—¡Ahora, Packnack, intercéptelos! —gritó Bill cuando los dos autos corrían uno al lado del otro.

Metiendo el acelerador a fondo, Packnack adelantó al coche de
O'Neil
y dobló rápidamente a la derecha cortando el paso del otro vehículo mientras aplicaba suavemente los frenos.

A fin de dar carácter a aquella detención, Bill pulsó el interruptor de la sirena. El estridente alarido de la sirena se unió al chirrido de los neumáticos contra el asfalto.

Para evitar la colisión, el auto de
O'Neil
torció a la izquierda, pero Packnack volteó rápidamente a e3e mismo lado el manubrio de la dirección interceptando el camino al otro coche. El auto de los pistoleros embistió de costado al coche policial, hundiendo la portezuela del lado del conductor.

Rápidamente, Bill abrió la portezuela y saltó al asfalto empuñando su revólver. Sonó un disparo. Packnack cayó de bruces sobre el manubrio de la dirección.

Bill corrió alrededor del auto policial hacia la trasera. Desde una ventanilla del coche dispararon contra él. El proyectil se incrustó ruidosamente en la carrocería del coche. Bill disparó a su vez. El hombre se retiró lentamente de la ventanilla para caer hacia atrás.

Otro disparo sonó en el coche, pero éste no Iba dirigido contra Rushford.

Bill se detuvo con el revólver en alto. Un auto llegaba rápidamente por la avenida, y sus focos iluminaron a los dos vehículos atascados en medio de la calzada. Así pudo ver Rushford cómo uno de los ocupantes del otro coche saltaba a tierra por la ventanilla del lado del conductor.

Rushford corrió dando la vuelta al auto de O'Neil, levantó el revólver y disparó.

El pistolero se detuvo, giró sobre sus talones y apuntó a Rushford con su pistola. Bill disparó de nuevo y el bandido se dobló por la cintura. No obstante, todavía disparó, horadando con su proyectil el cristal trasero del propio automóvil.

Antes que Bill pudiese disparar de nuevo, el auto que venía a toda velocidad se desvió a la izquierda para no chocar con los dos vehículos y se arrojó sobre el pistolero.

Chirriaron espeluznantemente los neumáticos, se escuchó un grito. El hombre desapareció bajo las ruedas del automóvil.

El auto se detuvo en seco, el sargento Knudsen saltó a tierra y fue a mirar bajo la carrocería de la máquina. Entretanto, Rushford se acercaba a la portezuela del auto fugitivo y abría la puerta de un tirón.

Al abrir Bill la portezuela, un hombre que estaba apoyado contra ella cayó hacia atrás rodando por el asfalto. Vestía camisa blanca y tenía las manos atadas a la espalda con un cinturón. Bill se inclinó, le volvió de lado y le alumbró con la linterna.

—¡Honig!

El hombre abrió los ojos. Bill apartó el haz de su linterna, descubriendo entonces una gran mancha de sangre que se extendía sobre el pecho del herido tiñendo la camisa.

—Honig. ¿Está herido?

—¿Quién…, quién es usted? —preguntó el gabarrero con voz débil.

—Capitán Rushford del Resguardo del muelle. ¿Cómo se encuentra?

—Me han liquidado… como hicieron con Scheldt. Usted es Rushford, le recuerdo…

¡Quiero prestar declaración!

Rushford hizo una seña a Knudsen para que se acercara. Dos o tres automóviles se habían detenido y sus pasajeros saltaban a tierra a inquirir las causas del accidente. Sin necesidad de llamarlas, estas personas se reunieron en apretado grupo alrededor del herido y de Bill.

—Corra a detener a O'Neil —dijo Honig, jadeando—. Él fue quien asesinó a Tremley. Usted tenía razón… regresarnos a la gabarra mi novia y yo. Scheldt traía los pies mojados… En el muelle nos encontramos con Peter O'Neil… y sus pistoleros… que regresaban en un bote. Ellos asesinaron a Jim…, los malditos…, y también a Scheldt. ¡Ah, mi pobre Scheldt! Era una gran chica…, la mejor que he conocido…

Un sollozo y un golpe de los ahogaron las palabras de Honig.

Más autos se detenían formando cordón y más personas llegaban a engrosar el grupo.

Alguien dijo que había un herido en uno de los autos. El herido era el agente Packnack.

—Atiéndanle, por favor. Knudsen, tome usted el nombre de los testigos. —Bill se inclinó sobre Honig—. ¿Hay algo más que usted desee hacer constar, Tony?

—Sí. Maggie…, la hermana de Jim… estaba allí. Rushford pegó un respingo.

—¿Quiere decir que Maggie estaba allí…, en la gabarra?

—No —el herido meneó la cabeza con energía—. En la gabarra no…, en casa de O'Neil, esta noche… La vi detrás de Peter O'Neil en una puerta…, creo que era ella. Deben decirle que su hermano…

Una bocanada de sangre sofocó las palabras de Honig. Uno de los espectadores dijo:

—Este hombre está muy mal herido. Hay que llevarle sin pérdida de tiempo al hospital. De lejos llegaba el estruendo de una sirena policiaca.

Rushford miró a su alrededor. Knudsen tomaba nota de los nombres y domicilio de las personas que habían escuchado la declaración de Tony Honig. Otras personas estaban sacando al herido Packnack del automóvil. Los dos autos estaban incrustados uno dentro del otro y eran inservibles por el momento.

Pero allí cerca estaba el auto propiedad particular de Bill.

—Sargento, envíe un destacamento de policía a la quinta de Peter O'Neil tan pronto pueda. Voy a detenerle —dijo Bill.

Y echó a correr hacia su automóvil.

CAPÍTULO X

A la luz de los faros de Bill, dos hombres y una mujer cruzaron apresuradamente la calle hacia un auto negro, aparcado al lado derecho de la calzada.

El corazón de Rushford se sobresaltó, pues antes de reconocerla adivinó en la mujer a Maggie Tremley. Aquel tipo grotesco vestido de etiqueta,
O'Neil,
forzaba a la muchacha a entrar en el auto. Y otro tipo alto y delgado, envuelto en los pliegues de una amplia gabardina, se volvía con una mano en la manija de la portezuela y la otra en el bolsillo.

Rushford aplicó bruscamente los frenos a su auto, yendo a detener la máquina tras las grandes luces zagueras del coche negro que en este mismo momento las encendía.

Empuñando resueltamente su revólver, Rushford empujó la portezuela y saltó a la calle corriendo hacia el coche.

—¡Alto!
O'Neil
y la chica ya estaban dentro del coche. El tipo de la gabardina atada extrajo del bolsillo una pistola automática.

Rushford tuvo que echarse contra el capó de su automóvil para esquivar la bala del hombre que disparaba contra él. El proyectil pasó zumbando junto al oído de Bill.

Bill contestó a su vez disparando su revólver. El tipo de la gabardina giró vertiginosamente sobre sus pies cayendo contra el largo baúl de equipajes del coche negro. Pero el auto arrancaba bruscamente en este instaste, y el hombre de la gabardina rodó por el asfalto.

—¡Alto o disparo! —gritó Bill echando a correr en persecución del auto.

Todavía alcanzó a ver por la ventanilla cómo la chica luchaba con O'Neil. El coche zigzagueó, O'Neil aplicó un revés a la muchacha y aceleró ganando terreno al policía.

Rushford desistió de hacer fuego contra O'Neil por tensor a herir a la chica. Apuntó a la trasera del coche buscando los neumáticos, pero el auto tenía la carrocería muy baja y el balazo fue a incrustarse en el borde inferior de la tapa del baúl.

Furioso quedó Rushford contemplando al auto que escapaba rugiendo, hasta que reaccionando dio media vuelta y volvió atrás hasta su automóvil.

El motor estaba todavía en marcha y Bill no tuvo más que cerrar la portezuela, empujar la primera velocidad y acelerar, mientras soltaba el pedal del embrague. El auto, un «Rambler» del año anterior, arrancó de un tirón y saltó sobre el hombre que quedaba tendido en la calle.

Las grandes luces zagueras del coche fugitivo se empequeñecían en la distancia y Bill tuvo que acelerar a fondo para no perderlas completamente de vista.

Como quiera que el auto era el mismo que Honig había utilizado para escapar de la policía de Nueva Jersey y llegar hasta aquí, y este auto había quedado aparcado ante la casa con el capó hacía el norte, al arrancar lo hizo conservando la misma dirección, y O'Neil y su pasajera corrían hacia arriba de Riverside Drive en demanda del puente de George Washington.

Aunque el auto de Rushford era de menor potencia que el mastodóntico «Ford» fugitivo, en cambio, era más ligero y manejable, con un mayor «reprise».

Manejando con destreza la palanca del cambio de velocidades manual, Bill consiguió acortar algo la distancia que todavía le separaba del «Ford».

Al llegar a la altura de la Calle 155 Oeste, las grandes luces

zagueras del «Ford» indicaron que O'Neil aplicaba los frenos para tomar la curva a la derecha. Bill llegó a la misma curva sin aminorar la marcha, lo que le valió estar a punto de precipitarse contra un pesado camión de reparto que llegaba en dirección contraria.

Zigzagueando, aunque sin tocar los frenos, Rushford siguió adelante en persecución del «Ford». Al llegar a St Nicholas Avenue, O'Neil dobló bruscamente a la izquierda para tomar por ésta, de nuevo en dirección norte.

También allí frenó O'Neil, con lo cual Bill pudo acortar en unas yardas más la distancia que les separaba.

Mientras remontaban la avenida hacia los accesos al puente de George Washington, Rushford calculó cuáles podían ser los propósitos de O'Neil.

Si éste tomaba el puente, como al parecer se proponía, encontraría a la salida del mismo una extensa red de excelentes autopistas, en las que a carrera lanzada el pequeño «Rambler» estaría en inferioridad respecto al potente auto de O'Neil.

Poco después, O'Neil doblaba a la izquierda y tomaba la suave rampa de acceso al puente. Bill maldijo para sus adentros. Su auto no estaba equipado con radioteléfono ni podía detenerse en ruta para buscar un teléfono y avisar a su cuartel o a la policía de carreteras de Nueva York y Nueva Jersey. Todo lo que podía hacer era mantenerse pegado a la zaguera del auto fugitivo, y esperar a que éste se estrellase o llegar a donde aquél pudiese llegar.

Mas para esto ni siquiera contaba con un auto de la potencia del que le precedía.

El «Ford» conducido por O'Neil remontó la rampa, Y entonces ocurrió un hecho feliz. El George

Washington Bridge era acceso a Manhattan donde se pagaba peaje. Pero O'Neil no se detuvo ante la línea de control. Todo lo que hizo fue aminorar la marcha para enfilar las vallas de acero ajustadas a la anchura de un vehículo. Luego aceleró dejando plantado al policía que acudía con su talonario de *tickets* en la mano.

Bill echó detrás sin detenerse. Sabía que inmediatamente los guardianes del puente darían cuenta por teléfono al control del otro extremo del paso de dos automóviles que no habían pagado peaje.

Y aquellos guardianes tenían la vista adiestrada para tomar el número de una matrícula al vuelo, recordarlo y comunicarlo a las patrullas que buscarían al infractor hasta encontrarlo. Pero Rushford recordó entonces algo todavía más esperanzador. O'Neil escapaba en un coche robado a la policía de Nueva Jersey.

Probablemente, a estas horas, todas las patrullas del vecino Estado buscaban al auto fugitivo. ¡Y O'Neil iba a meterse en territorio de Nueva Jersey!

Aferrando animosamente el volante, Bill se dijo que después de todo tenía suerte y no estaría completamente solo en la captura de Peter O'Neil.

Cruzaron el puente como bólidos. Al llegar a la salida del puente, O'Neil encontró cerradas todas las barreras, entre las tres o cuatro vallas por las que forzosamente debía de pasar. O'Neil resolvió la dificultad metiéndose a contramano en los pasos de entrada, con suerte para no encontrar de frente otro vehículo que en aquel momento se dispusiera a entrar en el puente.

Mientras le seguía sin detenerse, Bill todavía alcanzó a ver a guardianes que corrían hacia los teléfonos.

—¡Buena la has hecho, amigo! —exclamó Rushford para sí.

Y de antemano se regodeó en la idea de que pronto todas las patrullas del Estado de Nueva Jersey tendrían la matrícula del

coche infractor… Una matrícula que por cierto coincidiría con la de un automóvil robado a la policía… y que avivaría el celo de los motoristas hasta darle captura.

Bajando del puente a todo gas,
O'Neil
tomó la autopista número 4 del Estado.

Rushford metió al acelerador a fondo y se esforzó por no quedar atrás.

Bill, que estimaba su vida tanto como su coche, nunca había llevado a éste a tal velocidad. Le sorprendió ver que su «Rambler» se sostenía firmemente pegado a la zaguera del «Ford», como si por propio orgullo quisiera demostrar que no era menos que los grandes.

«Si pudiera entretenerme en encender un cigarrillo, todo se limitaría a esperar», se dijo para sí.

De pronto vio un motorista que irrumpía en la calzada por su derecha. Fue una visión fugaz, más rápida que los reflejos de Bill, que no llegó a pisar el freno. El motorista cruzó con su moto por delante del capó del «Rambler» y quedó atrás por la izquierda.

«¡Imbécil!», pensó Bill, pensando en lo cerca que estuvo de arrollar al imprudente.

Una sirena lanzó su estridente aullido a sus espaldas. En el espejillo retrovisor, Bill vio al motorista que avanzaba por su izquierda ganando terreno. Le hacía señas para que se apartara. Bill contestó saludándole alegremente con la mano.

El policía adelantó al «Rambler», gritando algo que Bill no llegó a entender.

—Ya empezó la función —se dijo Bill en voz alta.

El motorista, pegado al manillar de su potente máquina, se coló entre el auto de Bill y la zaguera del auto fugitivo. Tomaron una curva a toda velocidad, uno en pos de otro. El motorista aceleró de nuevo para adelantar al «Ford». Lo rebasó y se puso delante, empezando a hacer desesperadas señas al conductor para que parase.
O'Neil
no se detuvo y el motorista empezó a zigzaguear con grave riesgo de su vida, pasando y repasando por delante del capó para obligar al conductor a detenerse.

O’Neil
no se detuvo. Arrojó su auto sobre el motorista y lo apartó, despidiéndole lejos, fuera de la calzada, de una trompada.

—¡Criminal! —gritó Rushford sin poderse contener.

El «Ford» continuó pegado a la carretera, empezando a sacar una ventaja lenta pero incesante al «Rambler». Rushford sintió que se desesperaba. Luego vio algo que brillaba a un lado de la carretera.

Era una señal roja fluorescente, sostenida por un agente de tráfico: «Parada obligatoria. Calzada obstruida a 200 yardas».

Los dos autos recorrieron otras cien yardas, encontrando un segundo motorista con otra señal en alto: «*Stop*. Calzada obstruida». Los faros iluminaron algo que estaba cruzado de una parte a otra de la calzada.

Eran autos patrulleros de la policía. Detrás brillaban los faros de todo el tráfico detenido. ¿Qué haría
O’Neil
ahora?

Bill se había formulado apenas esta pregunta cuando vio al auto de
O’Neil
que hacía brillar las luces de «*stop*».
O’Neil
frenaba, pero no para detenerse. Viró bruscamente a la derecha y se metió en un pequeño camino de grava.

Bill actuó con rapidez y audacia, saliendo a toda velocidad de la carretera.

El «Rambler» dio un brinco terrible en la cuneta, tocando Bill el techo con la cabeza. Saliendo en línea recta, el «compacto» fue a cruzarse en el camino del mastodóntico «Ford». Éste le embistió de costado con violencia y Bill se vio milagrosamente ileso rodando por el suelo, fuera del coche que quedaba encaramado sobre la capota del «Ford».

Un hombre saltó del «Ford» y echó a correr moviendo velozmente sus cortas piernas. Bill saltó en pie, apretó los puños y echó en persecución de
O’Neil.

«Antes llevabas un coche más potente que el mío —se dijo entre dientes—. Ahora no te escaparás».

Sintiendo los pasos de su persecutor,
O'Neil
se detuvo de pronto y se volvió empuñando un revólver.

Bill se tiró de bruces al suelo. El arma crepitó y el proyectil pasó peinando los cabellos del policía.
O'Neil
pensó quizá que le había acertado. Volvió la espalda y echó a correr de nuevo.

Rushford se puso en pie reanudando su interrumpida carrera.
O'Neil
se detuvo de nuevo, más para entonces ya estaba Bill sobre él.

Antes que pudiese disparar de nuevo, Bill le asestó un puñetazo entre los ojos.
O'Neil
cayó hacia atrás abriendo los brazos. Bill saltó sobre él, le clavó la rodilla en el estómago y le arrebató la pistola de la mano. Luego le abofeteó y se puso en pie apuntándole con el arma.

—Ya está bien,
O'Neil.
Durante mucho tiempo he corrido tras usted sin poder echarle el guante, pero esto ha concluido.
O'Neil
se puso en pie jadeando. A sus espaldas, Bill escuchó ruido de voces y carreras. Los policías llegaban corriendo desde la carretera. El *sheriff* Winter apareció junto a Rushford. Varias linternas les alumbraron. Winter arrojó la luz de la suya sobre
O'Neil,
y luego sobre Bill.

—¡Rushford! —exclamó lleno de sorpresa.

—Menos mal que por una vez presta un servicio útil, *sheriff*. Le presento al hombre que ustedes buscaban.

—Éste no es el hombre —gruñó Winter—. Es a Tony Honig al que buscamos.

—¿Para qué? Honig no cometió ningún delito. Es cierto que fue culpable de ocultamiento a la Justicia de un criminal, pero tenía sus razones para tener la boca cerrada. Honig y su novia se encontraron con
O'Neil

y sus pistoleros en el muelle, cuando regresaban de la gabarra después de haber asesinado a Tremley.
O’Neil
amenazó a la pareja, y por esta razón Honig y su novia guardaron silencio.

—¿Qué me cuenta?

—Honig reaccionó esta mañana cuando yo le dije que
O’Neil
había ordenado la ejecución de Scheldt Robbins por no estar seguro de ella. En la primera ocasión escapó de ustedes para ir en busca de
O’Neil
y afearle su conducta… con lo cual dictó su propia muerte, pues
O’Neil
se prepuso despacharlo a él también.

Winter, avergonzado, guardó silencio.

—¿Qué tiene usted que decir a esto,
O’Neil?
—preguntó después.

—Este hombre está loco —dijo el *gángster*, jadeando—. Desde hace meses me persigue, obstinado en apuntarse un éxito a mi costa. Yo no maté a Tremley. Las afirmaciones del capitán Rushford se basan en puras suposiciones. No hay testigos que puedan afirmar que eso es cierto.

—Tony Honig declaró,
O’Neil
—dijo Bill, gravemente. Y otra voz, a espaldas de Bill, dijo:

—Y yo también declararé.

Bill se volvió encontrándose ante una Maggie Tremley despeinada, con un rojo arañazo en la mejilla y las ropas desgarradas. Un apuesto agente de tráfico la sostenía, pero ella le apartó con gesto resuelto para repetir:

—Sí, yo declararé que me encontraba en su casa cuando llegó Tony y usted admitió haber ordenado la ejecución de Scheldt Robbins. Tácitamente también admitió haber matado a mi hermano.
O’Neil
pareció desinflarse como un globo.

—Llévenle —ordenó el *sheriff* a los policías que le sujetaban por

los brazos.
O’Neil
se alejó con los agentes, quedando Bill y Winter con Maggie Tremley.

—De todos modos, Rushford, el triunfo no es exclusivamente suyo. Nosotros detuvimos a
O’Neil
—dijo Winter con impertinencia.

Rushford sonrió.

—Usted no querrá creerme, Winter. Pero me importa poco que el éxito sea suyo o mío, con tal que
O’Neil
sea juzgado y sentenciado. No pudimos cogerle en sus turbios manejos como traficante de drogas, pero le apartamos de la circulación con algo todavía peor para él…, una doble acusación de asesinato. Estoy dispuesto a formalizar un trato con usted, aquí en presencia de *miss* Tremley como testigo. Si usted consigue una condena contra
O’Neil
por asesinato, suyo es todo el éxito de su captura.

—De acuerdo —repuso Winter, instantáneamente. Y tendió su mano.

Rushford se la estrechó con fuerza. Winter sonrió feliz y se alejó hacia la carretera. Quedaron solos Rushford y Maggie Tremley.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó él, atentamente.

—¡Oh, sí! —Maggie parecía como arrancada de algún pensamiento que la abrumaba—. He pasado un buen susto, y creo que también corrí un grave riesgo, pero lo tenía merecido. Usted estaba en lo cierto,
O’Neil
era un asesino. Pero yo no le creí…

—Hasta que esta noche oyó al propio
O’Neil
confesarse autor de su crimen ante Honig.

—Si esto le satisface, le dirá que ya había empezado a dudar mucho antes.

—¿Quiere decir que dudaba de
O’Neil,

o mejor que empezaba a considerarme de otra forma?

—Aunque me obstinaba en decirme que era usted el asesino de mi hermano, en el fondo nunca debí creerlo del todo. Yo le odiaba…

—Pero ya no me odia.

—No.

Él la tomó del brazo.

—¿Vamos hacia la carretera?

La muchacha asintió. Cuando intentó andar torció un tobillo y estuvo a punto de caerse. Bill la sostuvo con fuerza.

—¿Le ocurre algo?

—No lo dije antes, pero creo que me rompí una pierna…, aquí, en la rodilla.

Bill se inclinó, alumbrando con su linterna hacia abajo. Levantó el borde del manchado vestido. En efecto, Maggie tenía una herida profunda en la rodilla, de la cual le manaba abundante sangre que empapaba su media.

—Sí, está usted herida —dijo Bill.

La cogió en sus brazos y la levantó, pero no echó a andar enseguida.

—Maggie…, ¿me permite que la llame así? Ahora que todo quedó aclarado le pido la oportunidad de verla de nuevo para que me conozca mejor. No soy tan malo…, ni tan duro como dicen de mí. Sinceramente, me enamoré de usted casi desde el primer día que la vi. Si usted me permite…

La muchacha pasó su brazo alrededor del cuello masculino y apoyó su cabeza en el fuerte hombro de él.

—Tendrá todas las oportunidades que desea para demostrarme que realmente es menos duro…, menos malo y más cariñoso de lo que aparenta ser. Le permitiré que rae convenza de que realmente me ama…, y tal vez entonces me atreva a confesarle que yo también… también le quiero.

Bill inclinó la cabeza y la besó en los ojos. Luego echó a andar con su dulce carga por el camino hacia la carretera dónde brillaban las luces de los faros de un largo cordón de coches que se detenían.

Ahora, el capitán Rushford estaba contento…

FIN



Pascual Enguídanos Usach (Liria, 13 de diciembre de 1923 - ibídem, 28 de marzo de 2006) fue un escritor español, uno de los clásicos europeos de la ciencia ficción y el decano de la ciencia ficción española.

Nacido y vecino de Liria (Valencia), Pascual Enguídanos Usach, funcionario jubilado de Obras Públicas y escritor, es considerado en la actualidad el decano de los autores españoles de ciencia ficción, representando a la primera generación de postguerra y quizá el de mayor éxito entre los autores de novela popular en su época. Si bien se encuadró inicialmente en lo que se ha dado en llamar Escuela Valenciana de Ciencia Ficción, desde los años 60 se le comenzó a considerar en medios literarios del género como uno de los escritores españoles de mayor alcance. Comenzó su andadura como escritor en las colecciones de Editorial Valenciana Comandos, Policía Montada o Western, mientras que luego en la Editorial Bruguera colaboraría en Oeste, Servicio Secreto y La Conquista del Espacio. Bajo el pseudónimo de «Van S. Smith» o de «George H. White», publicó nada menos que noventa y cinco novelas dedicadas al género. Su reputación en la ciencia ficción española de los años cincuenta procede de un estilo ágil y del universo que propuso, pues cincuenta y cuatro de sus obras se inscriben en la llamada Saga de

los Aznar, una auténtica novela-río adaptada al tebeo en dos ocasiones y que recibió en Bruselas el galardón a la mejor serie europea de ficción científica o, si usamos el anglicismo, ciencia ficción. La Saga fue reescrita y ampliada en los años 70 y ha sido objeto de atención y reedición, y es actualmente reivindicada por aficionados y autores que continúan su obra.

Enguídanos propuso al editor de Valenciana una nueva colección dedicada a la ficción científica y para la cual había comenzado a escribir algunas obras. Éste fue el inicio de la histórica Luchadores del Espacio, joya de la ciencia-ficción española, publicada en la década de los 50 por la Editorial Valenciana y donde la serie de Enguídanos, La Saga de los Aznar, con treinta y dos novelas que aparecieron entre 1953 y 1958, constituiría el cuerpo central de la colección. La obra, que recordaba a veces la estética de *Flash* Gordon y la literatura del Coronel Ignotus, fue reconocida como la mejor serie de ciencia-ficción publicada en Europa, (Convención Europea de Ciencia Ficción, Bruselas, 1978).

Pascual Enguídanos desapareció de los medios públicos, y el fandom perdió contacto con él, hasta que por diferentes medios, Javier Redal y Andrés Rodrigo, autores y miembros significativamente activos del mundillo de la ciencia-ficción española lo localizaron en su residencia de Líria, donde vivía ya apartado de la escritura, e ignorante de la repercusión de su obra. En la HispaCon de 1994, celebrada en la localidad valenciana de Burjassot y dirigida por el citado Andrés Rodrigo, Pascual Enguídanos fue homenajeado como Invitado de Honor recibiendo, por primera vez en muchos años, el reconocimiento de los aficionados al género de ficción de toda España.

El autor sería también homenajeado en el XXI Congreso Nacional de Fantasía y Ciencia-Ficción (HispaCon 2003) y durante la ceremonia de entrega de los premios Ignotus le fue concedido el premio Gabriel por la labor de toda una vida.